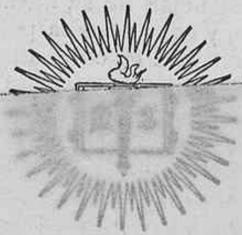


# La Ilustración



## Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 22 DE ABRIL DE 1912

Núm. 1.582

BARCELONA.—SALÓN DEL FAYANS CATALÁ. EXPOSICIÓN DE LOS HERMANOS ZUBIAURRE



TIPOS VASCOS, cuadro de Valentin de Zubiaurre

# SUMARIO

**Texto.**—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Una buena acción*, por Matilde Alanic. — *Barcelona. Exposición de obras de Valentín y Ramón de Zubiaurre en el Fayans Catalá.* — *Fiestas anglo francesas en Niza y en Cannes.* — *Venecia. Monumento a Carducci.* — *El naufragio del «Titanic.»* — *Madrid. Jurado de la Exposición Nacional de Bellas Artes.* — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada; continuación). — *Barcelona. Fiestas jaimistas.* — *Festival de educación física.* — *Inauguración del restaurán escolar de Hostafranchs.* — *Bolonia. Fallecimiento del gran poeta Juan Pascoli.* — *Libros recibidos en esta Redacción.*

**Grabados.**—*Tipos vascos; Tlo Saturo de Hontanures (Segovia); Ofrenda en una ermita*, cuadros de Valentín de Zubiaurre. — *Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento Una buena acción.* — *La muerte de Elena*, cuadro de Jacek Malczewski. — *El cabrero*, dibujo de Carlos Haider. — *A misa (Salamanca)*, cuadro de Ramón de Zubiaurre. — *Fiestas anglo francesas en Niza y en Cannes* (cinco fotografías). — *Huerta del Retiro en Sevilla; Potio de Lindaraja*, cuadros de José Villegas. — *Venecia. Monumento a Carducci*, obra de De Lotto. — *El «Titanic.»* — *Un iceberg.* — *Madrid. Jurado de la Exposición Nacional de Bellas Artes.* — *Barcelona. Fiestas jaimistas.* — *Festival de educación física.* — *Inauguración del restaurán escolar de Hostafranchs.* — *Juan Pascoli.* — *Entierro de Pascoli.*

## DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

La primavera, como de costumbre, ha venido a acelerar el ritmo vital de nuestra población que entra ahora en aquella segunda fase de su actividad, comprendida entre abril y junio y, sin disputa, más agradable que el mismo invierno. La ciudad sonríe en estos días. La Rambla de las Flores parece ser su compendio y su símbolo. El Domingo de Ramos, la Semana Santa, con sus mantillas y sus enlutadas y lujosas figuras femeninas, con sus palmas rubias y cimbreadas, van quedando atrás, esfumándose en la distancia, perdiéndose en la lejanía, hasta otro año, en la rotación vertiginosa del tiempo. Y los árboles de los paseos despuntan con la tierna verdura de sus yemas, de sus hojas nacientes y doradas al sol como un enjambre de áticas abejas.

Llegan las caravanas de turistas que aprovechan las vacaciones pascuales. Los paseos rebosan de gente, de coches, de caminantes, de automóviles, sobre los cuales flota, como un penacho, la gasa de los sombreros femeniles. Los teatros renuevan sus compañías y procuran fijar la atención del público con sus carteles llamativos y multicolores. Entréganse los deportes a su temporada favorita y le reservan sus números más escogidos y sus programas de fuerza. El sol es de oro, el aire tibio y perfumado, los crepúsculos ciernen una luz ideal, la bahía se llena de velas blancas, de canoas blancas, con remeros vestidos de blanco, y todo parece responder a la propaganda de los Sindicatos de Iniciativa y las sociedades para atracción de forasteros.

Congresos científicos, solemnidades académicas, Juegos Florales, estrenos, libros nuevos, todo se guarda para esta época que es la verdadera despedida del año civil y del curso universitario. Cuanto más auge va tomando el veraneo y la costumbre de viajar en esto, tanto más actividad adquiere la primavera, como si quisiese de antemano liquidar sus descubiertos y adquirir el derecho a la futura holganza termal.

\* \* \*

Así hemos tenido últimamente en Barcelona una serie de estrenos afortunados en el Teatro Catalán que actúa en Eldorado, contándose entre ellos, en primer término, la *Nausícaa* de Maragall. La antigua y profunda predilección por Goethe, que constituyó una de las fases principales del ilustre poeta barcelonés, llevóle como de la mano a una idéntica interpretación del mundo antiguo, a una aplicación semejante de sus normas de sobriedad, serenidad y equilibrio. El delicioso episodio de la *Odisea* que se refiere a la hija del rey de los feacios, sedujo a Maragall y le decidió a emprender su afortunada tentativa.

Nada más fresco, más puro ni más elemental que este episodio en el que palpita toda la ingenuidad del mundo antiguo, toda la sencillez de los tiempos heroicos, que hemos venido a llamar también homéricos, por una muy comprensible antonomasia. El mundo se ha complicado extraordinariamente desde entonces. Se ha roto aquella prístina unidad de nuestro linaje, según la cual pensaban acordes y sentían acordes el rey y el pastor y en que las princesas de más soberana estirpe iban a lavar la ropa en las cla-

ras linfas de los arroyos acompañadas de sus doncellas y nodrizas.

Ese hechizo inefable del encuentro de Ulises y Nausícaa, repercute, siglos después, en una de las escenas más candorosas y emocionantes del *Quijote*: cuando el mensajero de Sancho llega a la aldea para participar a la rústica mujer del gobernador de Barataria la feliz obtención de su ínsula. También lavan las comadres, y entre ellas la pobre Teresa, en el arroyo; mientras la niña corre alborozada gritando:—Venid, madre Teresa, que aquí está un enviado de nuestro buen padre...—Y, de repente, el tono irónico de la narración y los rasgos grotescos de la caricatura desaparecen fundidos en un cuadro de divina y esencial poesía homérica, que puede más que Cervantes mismo y que esparce, sobre aquella página un aroma de ambrosía y néctar, resolviéndose en alta emoción lo que comenzó por rastrera parodia.

La obra de Maragall tiene un aspecto literario, técnico, que es el de la ejecución o «recreación» de un tema antiguo. Pero esta parte de *rifacimento*, de restauración esmerada y feliz, con ser apreciablesísima, cede a la parte substancial, que es este sentido latente de la sencillez y simplicidad de la vida, contra su actual complicación, desigualdad y violento contraste. ¿Quién que vea *Nausícaa* no piensa en esos siglos y en esa estructura social en que los hombres todos, desde el magnate al esclavo, hablaban un lenguaje mismo; en que no se había partido en dos la unidad de conciencia de nuestra especie; en que no se conocían las espantosas separaciones que dividen actualmente a las almas y las inteligencias? Y, ¿quién no cree que el equilibrio del mundo y la solución de sus graves conflictos en nuestro tiempo, ha de venir, si viene algún día, por un retorno a la sencillez, a la divina y plácida sencillez, de que esta tragedia de Maragall es un trasunto conmovedor, incluso en lo que tiene de *pathos* o de drama?

En la actual civilización hay una grandísima parte de redundancia. Y llamo redundancia a todo aquello que complica estérilmente la vida sin mejorarla en su esencia y en sus fines; a todo aquello que impone necesidades ficticias por cuya satisfacción pugnan y se matan los hombres, y cuya abstención forzosa para el mayor número es causa del odio, de la ferocidad sombría, del pesimismo lúgubre y devastador que ha caído sobre el pensamiento humano.

Desde estas aglomeraciones inmensas que son las grandes urbes de nuestros días, y en las cuales el hombre se encuentra a veces más solo que en un desierto, hasta el complejo mecanismo de lo que llamamos progreso material, medítense cuántas cosas necesitan descongestionar y depurar, y cómo ganaría la felicidad común volviendo a un tipo más limitado y más sobrio, a una concepción de la vida más patriarcal y humana, que esa de las grandes y procelosas muchedumbres.

Tales reflexiones sugiere esta magnífica visión de poeta que, como fruto póstumo, nos dejó Maragall y cuyo valor estrictamente literario es de los más legítimos y sólidos que han aparecido en Cataluña en todo el período de su renacimiento. El Sindicato de Actores Catalanes ha puesto un gran empeño en que la representación de *Nausícaa* correspondiera a la expectación del público y a los méritos intrínsecos de la obra y de su autor malogrado. Su estreno fué una de aquellas solemnidades que no se olvidan en todo lo que dura la generación que las presencié, y la memoria del insigne escritor difunto vióse dignamente evocada en la hermosa introducción que Eugenio de Ors escribió para dicho estreno, ponderando el triunfo de la Palabra sobre la Muerte.

\* \* \*

Acaba de desaparecer el antiguo y grandioso café de Novedades, que casi podríamos llamar el «último café.» Barcelona era, hace treinta años, una de las ciudades más ricas en esta clase de establecimientos. Pero también en tal punto ha experimentado nuestra urbe una radical mutación de valores. La época del café — del café clásico y de enormes proporciones, todo luz, dorados y espejos, con pianista permanente y luengas alineaciones de mesas, — ha pasado, acaso para no volver.

Recuerdo que en mis primeros años de estudiante, esta ciudad se imponía a la admiración de los visitantes lugareños con el lujo deslumbrador y con la abundancia inusitada de estos establecimientos. La mitad de las Ramblas, la mitad de las arcadas de la Plaza Real, las calles de la Unión y del Conde del Asalto, la misma calle de Fernando, servían de albergue a esos cafés fastuosos, ahora desaparecidos, cuyo prototipo era el viejo *Cuyás*, después Gran Café Colón. He perdido ya la cuenta de sus nombres y casi de su situación: café de España, café

Español, café de París, café Inglés, cervecería Gambinus, café Pelayo; y más tarde la Pajarera del Paseo de Gracia y el nuevo Colón de la Plaza de Cataluña y ese café de Novedades, grande como una explanada, que acaba de cerrarse ahora, con más lo que han sobrevivido a la lenta destrucción del tiempo y a la transformación de las costumbres barcelonesas.

Era aquella época de las grandes aglomeraciones nocturnas, cuando en realidad se hacía vida de café y había quien pasaba cinco y seis horas diarias de codos en el mármol de la mesa, entre la tarde y la noche. Los jueves y los domingos, sobre todo, era cuestión de andar listos para encontrar un sitio en medio de la gran afluencia de señoritas más o menos cursis y de familias más o menos burguesas que, por una consumación general de cuatro ó cinco reales, se aseguraban una velada completa, de nueve a doce de la noche. El pianista atacaba briosamente la *Invitación a la walse*, de Weber, o la rapsodia de Liszt como número de fuerza, no sin haber ofrecido una fantasía con todos los temas de *La Mascota* o de *Bocaccio*, según fuese la opereta del momento. Los camareros circulaban con dificultad, sosteniendo sus bandejas cargadas de cristalería, por el laberinto de mesas y sillas.

Venían después las fiestas de Navidad y sus famosos sorteos de pavos asados; venía el Carnaval, con sus estudiantes circulantes, venía el aguinaldo de los mozos a sus parroquianos y viceversa; venían las discusiones enconadas sobre el aumento de cinco céntimos por la taza de café y conflictos tan trascendentales como la supresión de las gotas o *copa d'estudiant...* Y todo esto se discutía con extraordinario calor, a la hora de la comida en las casas de huéspedes y más tarde en el mismo establecimiento, ni más ni menos que se discute ahora el salario mínimo de los mineros ingleses o cualquier otra cuestión de alta sociología.

Todo esto ha pasado. He aquí un cambio completo de régimen en la población. Las largas distancias vienen a dificultar las concentraciones de antaño; el kiosco de altos vuelos y el bar, han aparecido después con su competencia para el café de antiguo cuño. Se han multiplicado prodigiosamente los casinos y las sociedades de toda laya: políticas, culturales, de deporte, de carácter profesional, cada una con su botillería o cantina de más o menos extenso servicio. Circulando ahora por los barrios más excéntricos del Ensanche, en una plaza solitaria, al final de una calle que ya se pierde en los despoblados y solares sin edificar, encontraréis esos modestos cafés de vecindad, donde juegan al dominó los domingos algunos inquilinos de las casas próximas y que llevan nombres grandiosos y apacibles: *Café del Callao*, *Café de Pretoria*.

Pues todo esto es síntoma de desintegración y transformación de las añejas costumbres; y el café del tipo antiguo se reserva al forastero o transeunte, mientras la gente de mejor tono de la población, la juventud intelectual, artística o mundana sólo se acuerda de ellos por las terrazas y a la hora del aperitivo, invirtiendo los hábitos de sus padres y abuelos.

El café de Novedades, ahora cerrado, venía a ser el último representante de la tradición ortodoxa, centro de reunión de empleados y artistas de teatro, refugio de una clientela adicta a esas venerables costumbres y que ha tenido que dispersarse como los gorriónes de la Rambla después de la poda de su arbolado. Con él puede decirse que se ha cerrado también todo un período de la vida urbana y de las costumbres barcelonesas.

\* \* \*

Algo tendría que añadir sobre el Congreso de Higiene Escolar y su exposición anexa; sobre la venida, con tal motivo, de los señores Altamira y Tolsa Latour y los discursos que han pronunciado ocupándose de muy interesantes aspectos de nuestro problema pedagógico. Debiera hablar también de la exposición de los hermanos Zubiaurre, que ha constituido un éxito para los jóvenes e ilustres artistas vascongados; debiera dedicar unas líneas al concurso de proyectos para el monumento de Verdguer y a la próxima inauguración del de Milá y Fontanals en Vilafranca del Panadés; pero el espacio de que dispongo no da hoy más de sí. Valga, pues, este índice sumario de las últimas novedades que interesan a nuestra cultura, para terminar con un recuerdo al benemérito e imponderable *Orfeo Catalá* que por primera vez habrá sido oído en la Corte y que ha pasado allí, no en viaje de vulgar propaganda, sino contratado para una alta obra artística por la gran Orquesta Sinfónica de Madrid.

MIGUEL S. OLIVER.

UNA BUENA ACCIÓN, CUENTO DE MATILDE ALANIC (1), dibujo de Tamburini



... volvía una y otra vez a admirar aquel rostro fresco, de ojos risueños ..

—En una palabra, dijo tranquilamente el pintor Mario Rollán; mi protegida no sabe nada y usted tendrá que enseñárselo todo.

Y con esta recomendación original, Laura Bisant entró como camarera al servicio de la señorita Silviana Lhor, joven de la alta sociedad y discípula de Mario, que quiso secundar la buena obra emprendida por su profesor.

Laura era hija de un modesto empleado que habitaba en la misma casa que el artista; aquel buen hombre no había podido sobrevivir a la pérdida de las economías reunidas para el momento en que la vejez le obligara a abandonar el trabajo y que habían desaparecido en un *crak* financiero, y Laura, educada en una posición casi desahogada, privada repentinamente de recursos y de apoyo, habíase visto, a los diez y seis años, en la necesidad de ganarse la vida sin estar preparada para ello.

La portera había puesto a Rollán al corriente de la situación, y al pintor, que conocía el buen corazón de Silviana, no le costó gran trabajo interesar a ésta en la suerte de la huérfana. Y así fué cómo la señorita Lhor acogió bondadosamente a aquella camarera inexperta.

Para iniciarla en sus nuevas funciones, Silviana confió a Laura el cuidado de limpiar el taller de pin-

tura, con recomendación expresa de volver a dejar todas las cosas en su sitio, sin tratar de ponerlas en orden, y sobre todo de no levantar polvo, que estropearía los colores frescos.

Cuando Laura se hubo puesto su gorrito de encajes y su delantal blanco sobre su traje negro, Silviana encontró que era fresca como una flor, que parecía un lienzo de Chardín y que sería un modelo delicioso para un cuadro. Y hechas estas reflexiones, dejó a Laura que esgrimiese la escoba y el plumero, mientras ella iba a recibir a sus invitados. Aquel día, en efecto, recibía a algunas familias amigas para festejar la terminación de un gran retrato, expuesto en un caballete esculpido y decorado con colgaduras de raso y terciopelo.

—¡Qué bien voy a estar aquí!, pensaba Laura yendo con paso ligero de un lado a otro, confortada por aquella cariñosa acogida y comprendiendo que sería fácil servir a una señorita tan afable.

Todos sus temores para el porvenir se desvanecían, y sus ojos de diez y seis años divertíanse con la novedad de las cosas que la rodeaban o que manejaba. Pero más que las marinas bañadas de sol, más que los caminos verdes umbríos, agradábale el retrato que se ostentaba en el puesto de honor. Y mientras sacudía el polvo a la *Venus* de Médicis o a la *Hebe* de Canova, con devotos cuidados, volvía una y otra vez a admirar aquel rostro fresco, de ojos risueños, de cabellos que volaban en una vaporosa aureola, y cuya encarnación resaltaba sobre el color gris del fondo.

Pero al examinarla por centésima vez, una repentina observación llenóla de inquietud: la superficie de la tela, mirada a contraluz, parecía salpicada de una pelusilla tenue que tamizaba el brillo del color.

—¡Dios mío!, pensó Laura disgustada. ¡Habré levantado polvo a pesar de mis precauciones? ¡Cómo se enfadaría la señorita Silviana si lo viese!

Para convencerse, rozó con la punta del dedo un rinconcito del fondo, en el borde mismo del marco, y un rastro gris compacto adherióse a su epidermis.

¡No cabía duda! Era realmente polvo. Y para borrar prontamente las huellas de su torpeza, Laura pasó el plumero por todo el retrato y a aquel contacto elevóse una nube, irizada de todos los colores, que se llevó el satinado de las mejillas, el brillo de la mirada, la frescura de la sonrisa. ¡El cuadro estaba pintado al pastel!

Laura encontrábase en esa situación en que uno siente que se le erizan los cabellos de horror; se preguntaba qué preferiría, si un rayo o un terremoto, con tal de quedar pulverizada, y lloraba como una fuente inagotable, cuando entró de pronto en el taller Rollán.

—¡Ah, señor!, exclamó la pobrecilla sollozando. ¡Quiero marcharme! ¡Jamás me atreveré a presentarme ante la señorita!

El artista, oprimiendo el paraguas debajo del brazo y calado el sombrero hasta las fruncidas cejas, contempló fijamente el desastre durante uno o dos minutos. Luego, quitándose el sobretodo, dijo a la acongojada muchacha:

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—Di que avisen a tu señorita que no me esperen a almorzar.

Y acercando un taburete, cogió una caja de pas- teles y se puso a trabajar prontamente delante del cuadro, del que no quedaba más que un croquis previamente fijado.

Los comensales resolvieron almorzar sin esperar al pintor, cuyas distracciones y originalidades conocían; y terminado el almuerzo conversaban y discutían en el salón, mientras saboreaban el café y hojeaban álbumes que representaban modas de antaño y graciosas evocaciones de retratos de antepasadas.

—Por un momento quise, decía Gabriela, la amiga cuyo retrato había pintado Silviana, que me retrataran en el mismo traje que mi tía la canonesa: manto Watteau, verdugados, faraloes, tres lunares y muchos polvos. No hay nada tan elegante.

—¡Bah!, replicó un escultor. ¡Demasiado acero y demasiadas ballenas! ¡Fíjense ustedes, en cambio, en esas miniaturas de Isabeau, y en esas elegantes del Directorio y del Imperio, con sus túnicas de hilo que velaban armoniosamente el cuerpo sin deformarlo!

—¡Ah, no!, exclamó vivamente una joven que examinaba una antigua colección de *La Silfide*. No me hablen ustedes de las *merveilleuses* con sus justillos, con sus talles subidos hasta debajo de los brazos y con sus peinados a modo de orejas de perro. Me gustan más esas mujeres de 1840 con sus largos tirabuzones, sus corpiños en punta, sus mangas perdidas y su aire vaporoso.

—Miren ustedes, dijo Silviana mostrando a los grupos que discutían la colección de un periódico contemporáneo. Aquí encontrarán lo que a todos pondrá de acuerdo, demostrándoles que en ninguna época la mujer ha vestido mejor que ahora, puesto que tomamos de las modas de otros tiempos lo que cada una tiene de más gracioso. Estamos en pleno eclecticismo bien entendido.

A todo esto, Rollán no llegaba; y como la familia de la joven retratada estaba impaciente por exhibir el retrato y conocer la opinión de los artistas presentes, pasaron todos al taller, en donde, con gran sorpresa, encontraron a Rollán dormitando beatamente en una poltrona.

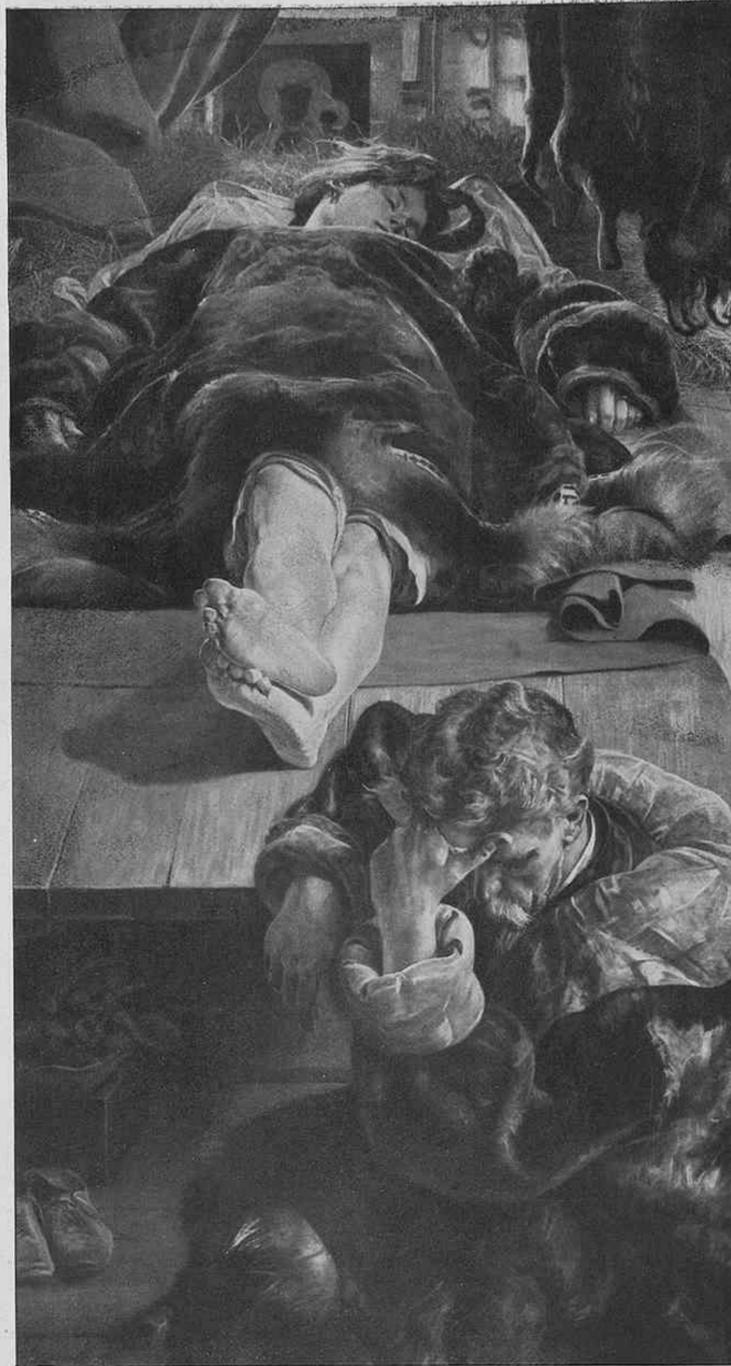
Acosado a preguntas, acabó por confesar, un tanto turbado, que no se había acordado de la invitación hasta después de haber almorzado en su casa y que luego no había querido que nadie se molestase por él, quedándose al efecto en el taller. Después que se hubieron reído de aquella nueva originalidad, los invitados se agruparon delante del retrato, prorrumpiendo en exclamaciones de alabanza.

Las mujeres admiraban lo aterciopelado de los tonos, la gracia ligera del dibujo, el perfecto parecido y la armonía del conjunto; los artistas felicitaban sinceramente a Silviana por las nuevas cualidades que desplegaba en aquella obra, una espontaneidad y una amplitud de ejecución que hasta entonces no se habían visto en sus lienzos, demasiado impregnados de amaneramiento femenino.

Silviana acogía aquellos elogios con una preocupación que podía ser tenida por modestia. Ciertamente que se había esforzado, siguiendo los consejos de Rollán, en ampliar su estilo; pero ahora, en el retrato, sus buenas intenciones aparecían superadas.

Era evidente que había pasado por la pintura una mano experta que había acentuado con fortuna

aquí el brillo de la seda, allí un toque de luz que se estremecía en los dorados cabellos o sobre la frente blanca.



La muerte de Elena, cuadro de Jacek Malczewski

Alguien había querido darle una lección excelente haciéndole ver, por este medio indirecto, lo que

porcionarle cerca de sus jóvenes amigas un pequeño triunfo de amor propio.

—¡Gracias!, dijo en voz baja y con los ojos humedecidos por la gratitud, estrechando ligeramente la mano de Rollán.

Laura estaba salvada. Mario había hecho una buena acción por partida doble.

BARCELONA. — EXPOSICIÓN DE OBRAS DE VALENTÍN Y RAMÓN DE ZUBIAURRE EN EL SALÓN DEL FAYANS CATALÁ.

Los hermanos Valentín y Ramón de Zubiaurre no eran unos desconocidos para el público barcelonés, pues, aparte de lo que la prensa española y extranjera había referido de ellos, algunas de sus obras, que figuraron en nuestra última Exposición Internacional de Bellas Artes, habían permitido apreciar de *visu* la valía de ambos artistas.

Por lo que hace a LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, el malogrado crítico Manuel Carretero, en la crónica sobre la Exposición Nacional de Madrid de 1907, escribía: «Los hermanos Zubiaurre, D. Valentín y D. Ramón, serán pintores famosos muy pronto si siguen por la senda emprendida. Ante los lienzos de estos poco conocido artistas he quedado un gran rato absorto y lo que a mí me aconteció sucede también a mucha gente algo educada que visita la Exposición actual.»

La predicción de nuestro estimado colaborador se ha cumplido. Los Zubiaurre han triunfado no sólo en España, sino también en el extranjero, y la exposición por ellos celebrada últimamente en el Fayans Catalá constituye la demostración más palmaria de cuán legítima es la fama de que en la actualidad aparece rodeado su nombre.

Valentín de Zubiaurre nació en Madrid en 1879 y Ramón en 1882 en el caserío de Garay (Vizcaya), de donde es oriunda la familia de su padre, el maestro de capilla de la Real Casa, y ambos estudiaron en Madrid, en la Escuela especial de Pintura, bajo la dirección del celebrado pintor Alejandro Ferrant. Sus primeras obras fueron paisajes de los valles vascos, pero ya en la Exposición de Madrid de 1901 expuso Valentín algunos retratos y en la de 1904 su envío lo constituyeron exclusivamente obras de figura; a esta exposición concurrió también Ramón con algunos retratos. En la de 1908 dieron a conocer ambos hermanos su nueva tendencia presentando una serie de

esas escenas vascas que tan rápidamente les ha hecho célebres en su patria y fuera de ella y que les han valido codiciadas recompensas, como las medallas de oro alcanzadas por Valentín en Bruselas y en Munich y la de plata en la de Buenos Aires, y los distintos premios obtenidos por Ramón en éstos y en otros certámenes no menos importantes. Y últimamente en Roma fueron ambos hermanos propuestos para uno de los grandes premios. Además, algunas de sus obras han sido adquiridas por varios gobiernos extranjeros, entre ellos los de Francia, Italia y Chile, con destino a los museos públicos.

En la actualidad, y aparte de lo que han remitido a la Exposición Nacional que en breve se inaugurará en Madrid, tienen hechos importantes envíos para el Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes, de París, para las exposiciones de Lieja y Amsterdam y para la de Pittsburgo, la más importante de los Estados Unidos, y a la que han sido especialmente invita-



El cabrero, dibujo de Carlos Haider

faltaba precisamente en su cuadro para hacer de él lo que era ahora, una verdadera obra de arte, y pro-

dos por el «Carnegie Institute» de aquella ciudad.

A propósito de su presentación en el Salón de París nos parece muy oportuno traducir el párrafo que, en su artículo de *Le Figaro*, dedica a Valentín de Zubiaurre el eminente crítico Arsenio Alexandre. Dice así:

«Acabamos de mencionar un nombre nuevo entre nosotros, el de don Valentín de Zubiaurre. En diversas exposiciones extranjeras habíamos observado ya a ese pintor duro y violento, pero tan asombrosamente típico. Esa escuela española, al frente de la cual está Zuloaga, es evidentemente, con todas las apariencias de vida, de una terrible rigidez. La aspereza del clima y de la raza se manifiestan en el momento mismo en que se cree más amansados a esos artistas. El encanto y la suavidad de Murillo, la sutileza sensual de Goya, han seguido siendo fenómenos únicos, dejando aparte al Greco y a Velázquez, que son genios universales. Valentín de Zubiaurre ha

encontrado el medio de sobrepujar la dureza de sus compatriotas; sin ironía, titula *Un día de fiesta* a esos flacos aldeanos vascos que en un paisaje siniestro están sentados a una mesa delante de un jarro de

agua y de unas manzanas verdes. Mas no por esto es menos emocionante el cuadro, lo propio que el otro envío del Sr. de Zubiaurre, el de esas aldeanas que piden una limosna para las víctimas del mar.»

nos identifican con su esencia. La exposición ha impresionado hondamente a cuantos la han visitado y señalará una fecha memorable en los anales artísticos de nuestra ciudad.—T.



Tío Saturo, de Hontanures (Segovia), cuadro de Valentín de Zubiaurre. (Salón del Fayans Catalá.)

Si se tiene en cuenta que el mencionado crítico, en sus artículos, sólo dedica párrafos especiales a muy contados artistas, se comprenderá la importancia que ha concedido a nuestro compatriota incluyéndole en el número de estos escogidos.

En la exposición del Fayans Catalá figurán 35 obras de Valentín y 29 de Ramón. La mayoría de unas y otras reproducen paisajes, tipos y escenas de costumbres de Vasconia y de Castilla la Vieja, y en todas ellas aparecen admirablemente reflejadas el alma de aquellas gentes y el alma también de aquella naturaleza. Y a la rudeza, a la adustez, a la nobleza de las razas vasca y castellana, a la grandiosidad y a la severidad de aquellos paisajes, corresponden el vigor del dibujo, la firmeza del colorido, la dureza de los contrastes y el tono generalmente grave y sombrío que en todas esas telas prevalece. Los hermanos Zubiarre no nos ofrecen una visión superficial de seres y objetos, sino que

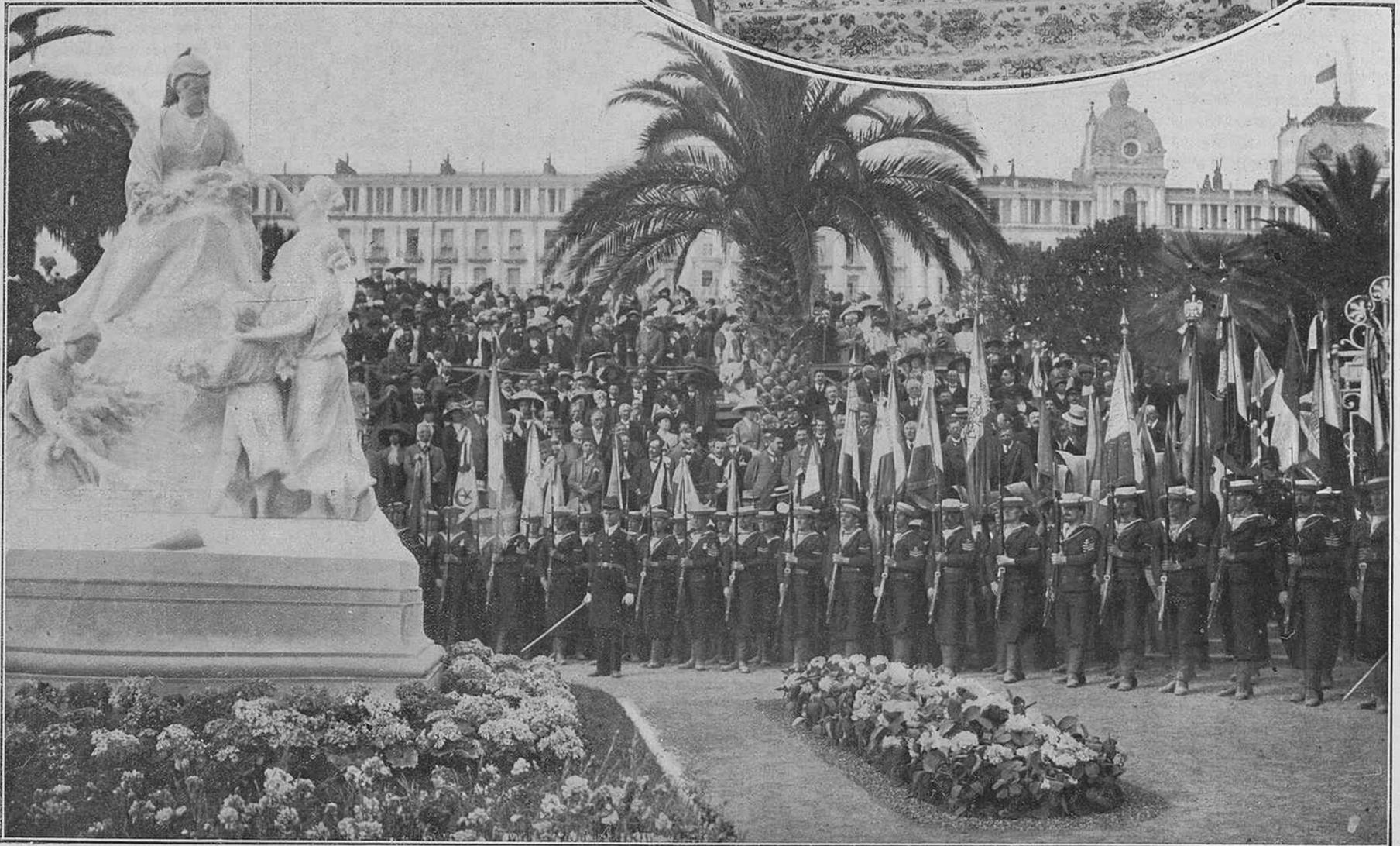
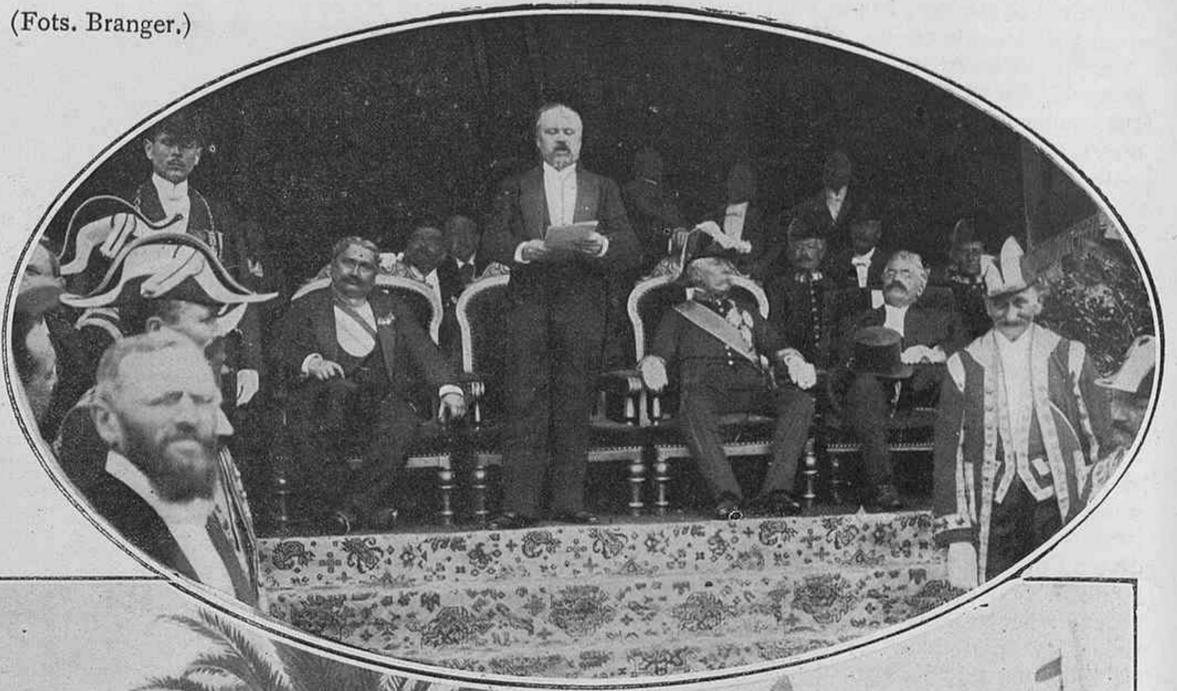


A misa (Salamanca), cuadro de Ramón de Zubiaurre. (Salón del Fayans Catalá.)

## FIESTAS ANGLO-FRANCESAS EN NIZA. (Fots. Branger.)

Las dos hermosas poblaciones de la Costa Azul, Niza y Cannes, quisieron conmemorar con sendos monumentos las frecuentes estancias que en ellas hicieron la reina Victoria y el rey Eduardo VII de Inglaterra respectivamente. Tratábase, pues, en un principio de dedicar un homenaje a los huéspedes ilustres que mostraron su predilección por los encantos de que la naturaleza ha dotado a aquellas playas de sin par belleza.

Pero por espontáneo impulso de los pueblos francés e inglés, las fiestas inaugurales de esos monumentos, que habían de tener un carácter local o nacional a lo sumo, han revestido gran solemnidad y han sido fiestas internacionales, que han realzado con su presencia las escuadras francesa e inglesa, el embajador de Inglaterra en París sir Francisco Bertie, el presidente del Consejo de ministros de Francia Sr. Poincaré y los



El presidente del Consejo de Ministros de Francia Sr. Poincaré leyendo su discurso en el acto de inaugurar el monumento a la reina Victoria de Inglaterra.—Los marinos ingleses presentando las armas delante del monumento

ministros de la Guerra y de la Marina, señores Millerand y Delcassé.

Las fiestas de Niza y de Cannes han sido una nueva y calurosa manifestación de la «Entente cordiale», a la que se ha aclamado con entusiasmo en todos los actos que con ocasión de aquéllas se han efectuado.

El monumento erigido en Niza a la reina Victoria, que reproducimos en el número 1.577 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, es obra del escultor Maubert; la mejor descripción que de él podemos dar es la que, en el discurso de la ceremonia inaugural, hizo el Sr. Poincaré. «El hermoso monumento compuesto por el señor Maubert—dijo—expresa por medio de una feliz alegoría la idea que ha inspirado esta conmemora-



Desfile de los marinos de las compañías de desembarco

vestida con su sencillez acostumbrada, sentada con una dignidad sin afectación, inclina dulcemente un rostro grave y atento hacia las doncellas que, en un grupo armonioso, simbolizan a sus pies las ciudades en donde residió. Niza, con gesto elegante y flexible, ofrece un ramo a la reina; Cannes, que también lleva un puñado de flores, apoya delicadamente la mano en la graciosa Mentón, la cual, a su vez, presenta su ofrenda de limones y frutas variadas; mientras que Grasse, semiarrodillada, separa algunos tallos del ramillete que tiene en la falda para adornar con ellos el escudo real. Así aparecen a la vez, en la blancura del mármol, la sonriente hospitalidad que las cuatro poblaciones han reservado sucesivamente a la an-

ción. En él está la anciana reina tal como la habéis conocido desde 1896 a 1899; venerable y maternal,

mármol, la sonriente hospitalidad que las cuatro poblaciones han reservado sucesivamente a la an-

FIESTAS ANGLO-FRANCESAS EN CANNES. (Fotografías de Branger.)

ciudad de la reina, la emocionada gratitud que han guardado a su ilustre visitante la tranquila majestad de una mujer que ciñó la corona durante sesenta y tres años y el victorioso hechizo de las poblaciones que son la gloria de esta privilegiada región.»

Las fiestas de Niza, que se celebraron el día 12 de este mes, comenzaron con una revista, en la que tomaron parte las dotaciones de las escuadras francesa e inglesa. Por la tarde, después de un almuerzo íntimo en la prefectura, efectuóse la inauguración del monumento, junto al cual daban guardia de honor marinos de las dos naciones. En la tribuna de honor se situaron el embajador de Inglaterra, los miembros del gobierno francés, las autoridades y los demás elementos oficiales; en otra, próxima a aquélla, estaban los miembros de las familias reinantes que se hallaban en Niza, entre ellos el rey de Suecia, la gran duquesa de Mecklemburgo, la princesa de Sajonia-Coburgo y Gotha, la gran duquesa de Rusia, el príncipe de Mónaco, el príncipe Felipe de Coburgo y los grandes duques Miguel y Pablo. Los señores Sauván, alcalde de Niza, Bertie y Poincaré pre-

nunciaron elocuentes discursos; los del embajador inglés y del presidente del Consejo de Ministros tuvieron gran alcance político, pues en ellos se afirmó

llerand, Delcassé y Joly, prefecto de los Alpes Marítimos, visitaron el acorazado inglés *Good-Hope*, en donde fueron recibidos y agasajados por el almirante sir Douglas-Gamble. Después se dirigió a Cannes, en cuyo Casino Municipal se celebró un banquete, y terminado éste la comitiva oficial encaminóse al sitio en donde se levanta el monumento a Eduardo VII. La estatua de éste, obra de Puech, representa al popular monarca vestido de *yachtsman* con el rostro hacia el mar, como si con su mirada siguiese las peripecias de las memorables regatas que tanto le interesaron y en algunas de las cuales tomó parte cuando no era más que príncipe de Gales. En el acto de la inauguración hablaron el alcalde de Cannes señor Gazagnaire y los Sres. Bertie y Poincaré; los discursos de estos últimos tuvieron la



El embajador de Inglaterra en Francia sir Francisco Bertie leyendo su discurso en el acto inaugural del monumento al rey Eduardo VII de Inglaterra

una vez más la estrecha amistad que une a Francia y a Inglaterra.

Por la noche celebróse en la Prefectura un gran banquete oficial, en el que brindaron los señores Bertie y Poincaré.

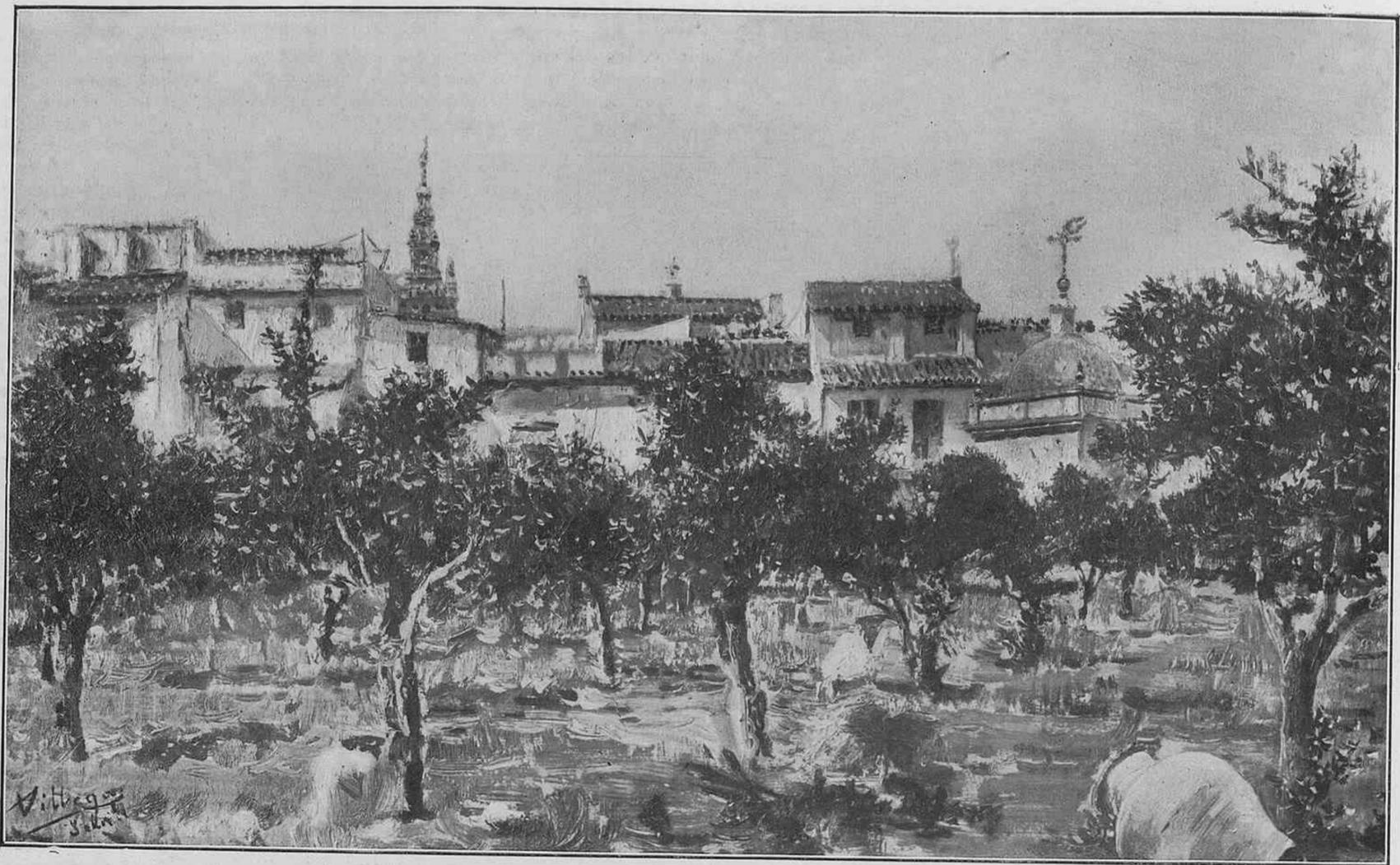
Al día siguiente, los Sres. Bertie, Poincaré, Mi-

misma importancia que los que el día antes habían pronunciado en Niza.

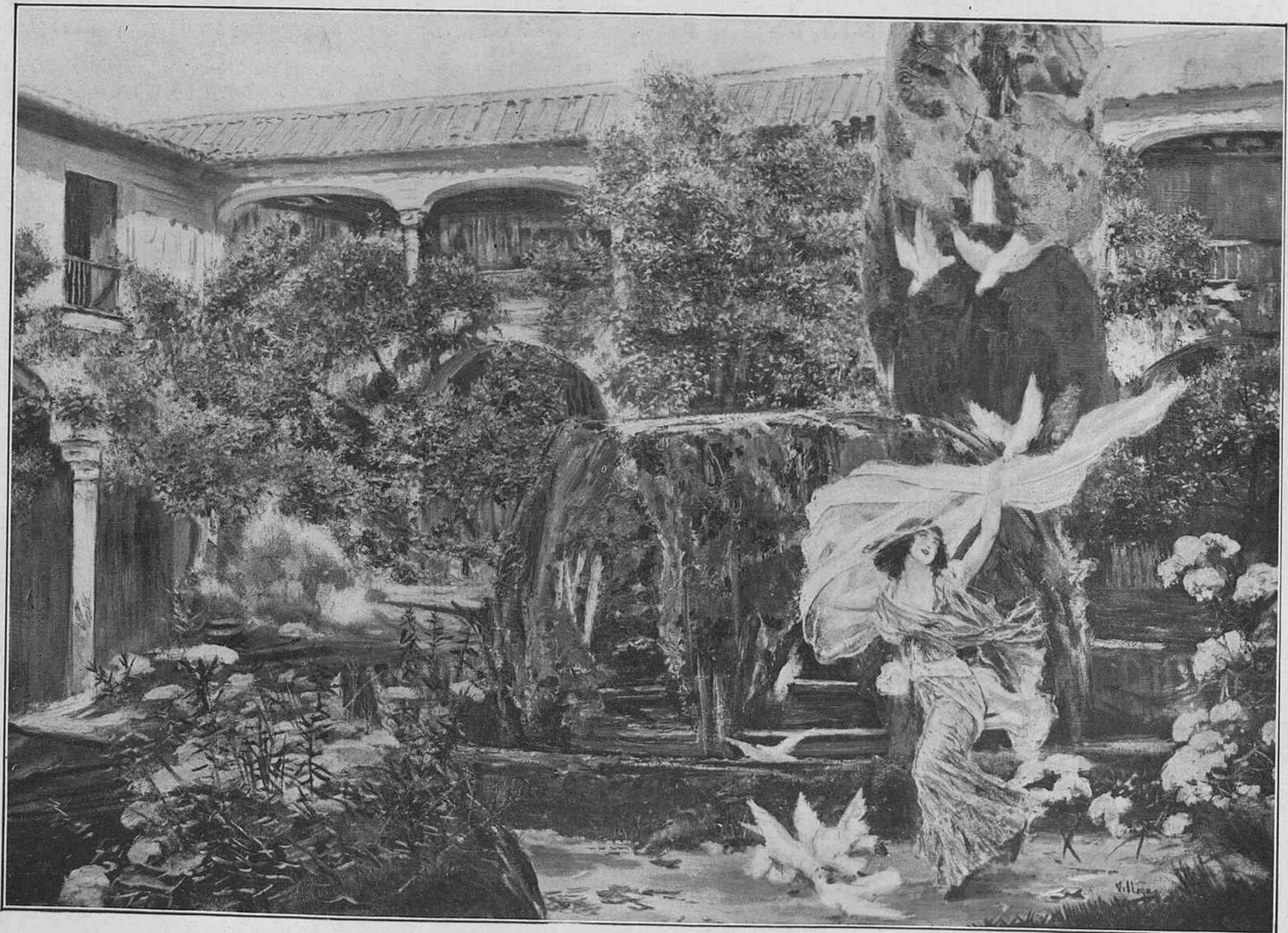
El príncipe de Mónaco obsequió aquella noche al embajador inglés y a los ministros franceses con un suntuoso banquete en su palacio de Monte Carlo.—R.



Vista general de la ceremonia de inauguración del monumento al rey Eduardo VII



HUERTA DEL RETIRO EN SEVILLA, cuadro de José Villegas



PATIO DE LINDARAJA EN GRANADA, cuadro de José Villegas

A la iniciativa y patriotismo de un artista sevillano se deben los lisonjeros resultados y el éxito en las Exposiciones de obras de artistas españoles que otra vez ha organizado el pintor Sr. Pinelo, en las que han tomado parte artistas tan celebrados como Villegas.



OFRENDA EN UNA ERMITA, cuadro de Valentín de Zubiaurre. (Salón del Fayans Catalí.)

## VENECIA. - MONUMENTO A CARDUCCI

El día 11 de este mes inauguróse en Venecia el monumento a Carducci que adjunto reproducimos. La obra del celebrado escultor De Lotto es digna del poeta eminente a cuya memoria ha sido erigida y corresponde a la ruda grandiosidad del autor de las *Odas bárbaras* y a la naturaleza apasionada del que escribió el *Himno a Satán*. Un pedestal de rosas desordenadamente agrupadas; sobre una de ellas un águila en fiera actitud; una columna surgiendo de entre las piedras con una



Venecia.—Monumento al poeta Carducci inaugurado el día 11 del actual. Obra de De Lotto. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

sencilla inscripción, y encima de ella el busto de Carducci; tal es el monumento con que los venecianos han honrado la memoria del excelso vate.

## EL NAUFRAGIO DEL «TITANIC»

En la estación radiotelegráfica de Cape Race (Terrano) recibí en las primeras horas de la madrugada del día 15 un marconigráfico del transatlántico *Titanic* diciendo que en los 41° 46' de latitud Norte y 60° 14' de longitud Oeste había chocado con un *iceberg* y necesitaba socorro inmediato. Iguales noticia y demanda de auxilio recibieron por la telegrafía sin hilos vario; vapores que navegaban por aquellas regiones,

ducía el barco naufragado, puesto que, según parece, iban en él 325 pasajeros de primera clase, 275 de segunda, 1.000 de tercera y 600 hombres de tripulación y servidumbre.

Cuando escribimos estas líneas no se conocen los detalles

plazaba 47.000 toneladas, medía 265 metros de largo, 27'75 de ancho y 28'20 de alto y sus máquinas le imprimían un andar de 25'5 nudos por hora. Había costado cuarenta millones de francos y podía transportar 3.500 personas. Estaba dotado

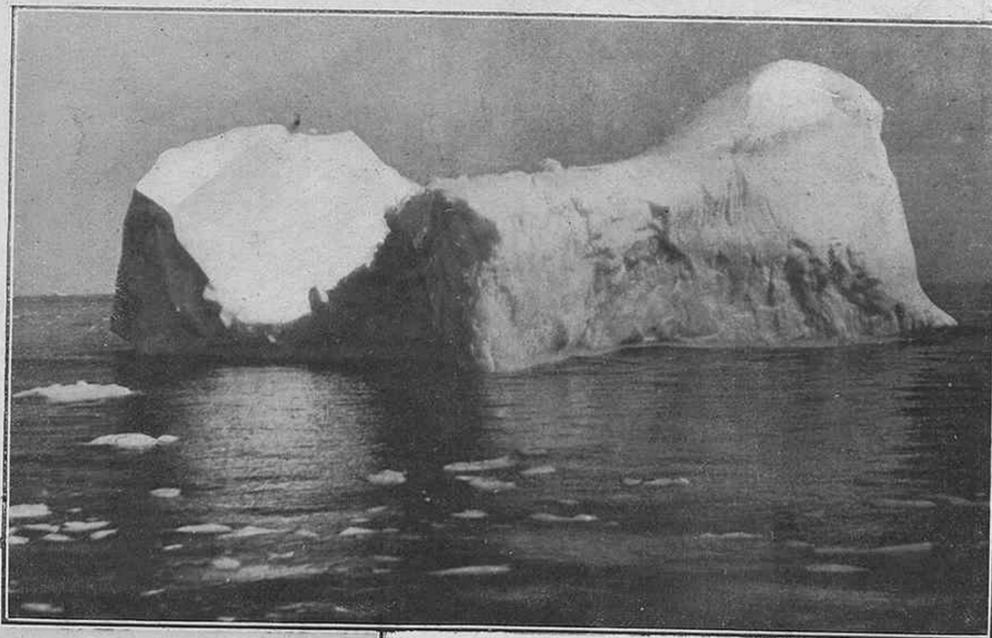


Jurado de la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid del presente año (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

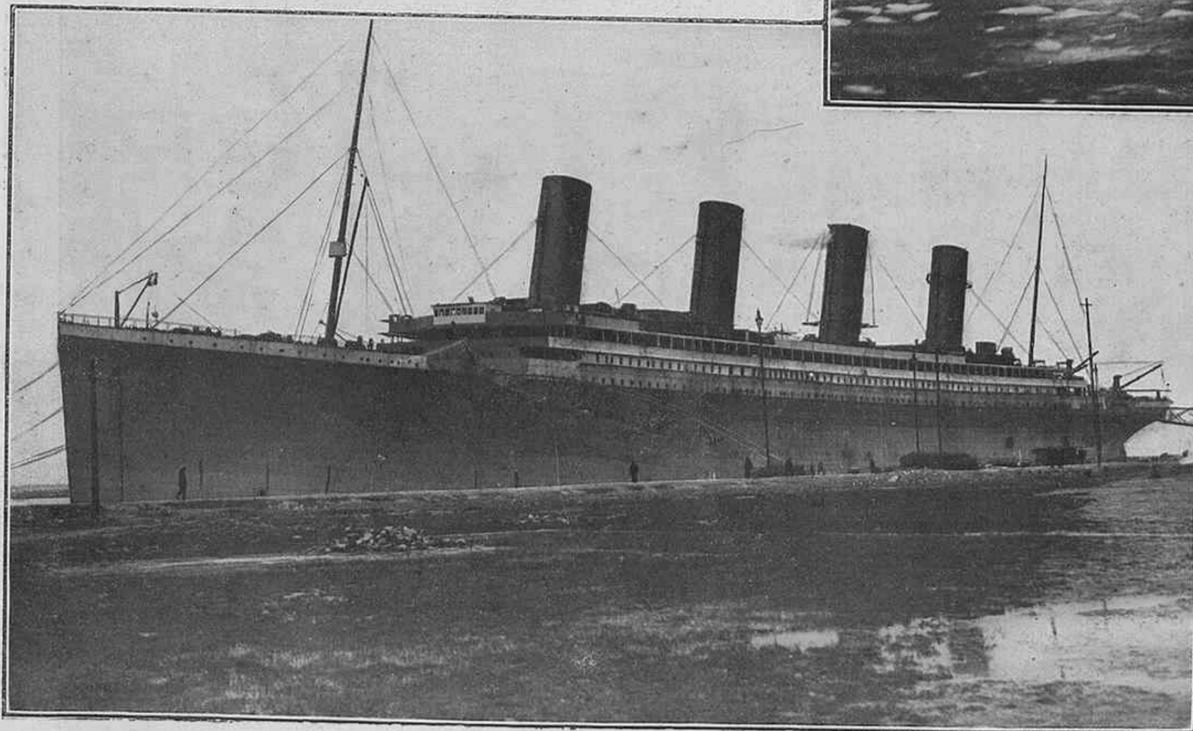
de la catástrofe; sábese únicamente que ésta fué producida, como antes decimos, por el choque del buque con un *iceberg*, una de esas montañas enormes de hielo que particularmente en esta época del año se desprenden de las regiones polares y flotan por el Océano hasta fundirse en los mares del Sur. Esas inmensas moles flotantes, que a veces alcanzan una altura de cien metros sobre el nivel del mar, hacen tan peligrosas aquellas aguas, que con razón ha sido denominado aquel sitio el cementerio del Océano. El *Titanic* quedó partido por la proa y se hundió rápidamente; hasta aquel momento estuvo enviando radiotelegramas desde el barco el telegrafista encargado de la instalación Marconi, que murió heroicamente sin abandonar el aparato.

La circunstancia de ser mujeres y niños la mayoría de los naufragos

de todo cuanto pudiera pedir el más exigente en materia de lujo y de comodidades: magníficos camarotes magníficamente amueblados, salón-comedor, varios restaurantes, sala de gimnasia, cuarenta salas de baños, piscina de natación, veinte salones de peluquería, cuatro salones para fumar, ocho salas de juego, campo de tenis, baños turcos y eléctricos, tres bibliotecas de 30.000 volúmenes, un jardín, servicios de teléfono y



Uno de los icebergs o inmensas montañas de hielo que en esta época flotan en las aguas del Atlántico. El choque con uno de ellos causó el naufragio del *Titanic*. (De fotografía de Carlos Delius.)



El «Titanic», el transatlántico más grande del mundo, que se fué a pique el día 15 del actual por haber chocado con un *iceberg*. (De fotografía de London New Agency Photo.)

el *Karpathian*, el *Virginian*, el *Parisian*, el *Baltic* y el *Olimpic*, los cuales se apresuraron a acudir al sitio en donde se había producido la catástrofe, pero a causa de la gran distancia a que se hallaban de éste, cuando llegó el primero, que fué el *Karpathian*, hacía cuatro horas que el *Titanic* se había hundido en el mar. El *Karpathian* pudo recoger unos 700 naufragos, únicos supervivientes de los 2.200 individuos que con-

salvados demuestra que en los terribles momentos de la catástrofe reinaron a bordo la disciplina y la serenidad tan necesarias, pero tan poco comunes en tales casos.

El *Titanic* era el transatlántico mayor del mundo, había sido botado al mar hace algunos meses en Belfast, pertenecía a la poderosa compañía inglesa «White Star Line» y efectuaba ahora su primer viaje de Europa a los Estados Unidos. Des-

radiotelegrafía y un periódico de dos ediciones diarias en inglés, francés y alemán.

Y para que nuestros lectores acaben de formarse una idea de lo que era aquella ciudad flotante, diremos que el *Titanic* había embarcado en Southampton, de donde salió para América, 90.000 kilogramos de carnes frescas, 30.000 de volatería, 40.000 de patatas, 20.000 de legumbres, 100.000 de harina, 5.000 de azúcar, 1.000 de te, 8.000 litros de leche, 2.000 botes de leche condensada, 40.000 huevos, 20.000 botellas de cerveza, 10.000 de vino, 12.000 de aguas minerales, 25.000 piezas de vajilla de porcelana y el servicio correspondiente de cubiertos y cristalería.

Entre los pasajeros figuraban varios multimillonarios norteamericanos que se cree han perecido en la catástrofe; entre ellos se citan a los señores Astort, Strauss, Widener, Guggenheim, Rabling y Tayer cuyas fortunas se calcula que forman un total de 1.950.000.000 de francos.

El *Titanic* llevaba piedras preciosas por 25.000.000 de francos, perlas por 3.000.000 y varios millones en plata.

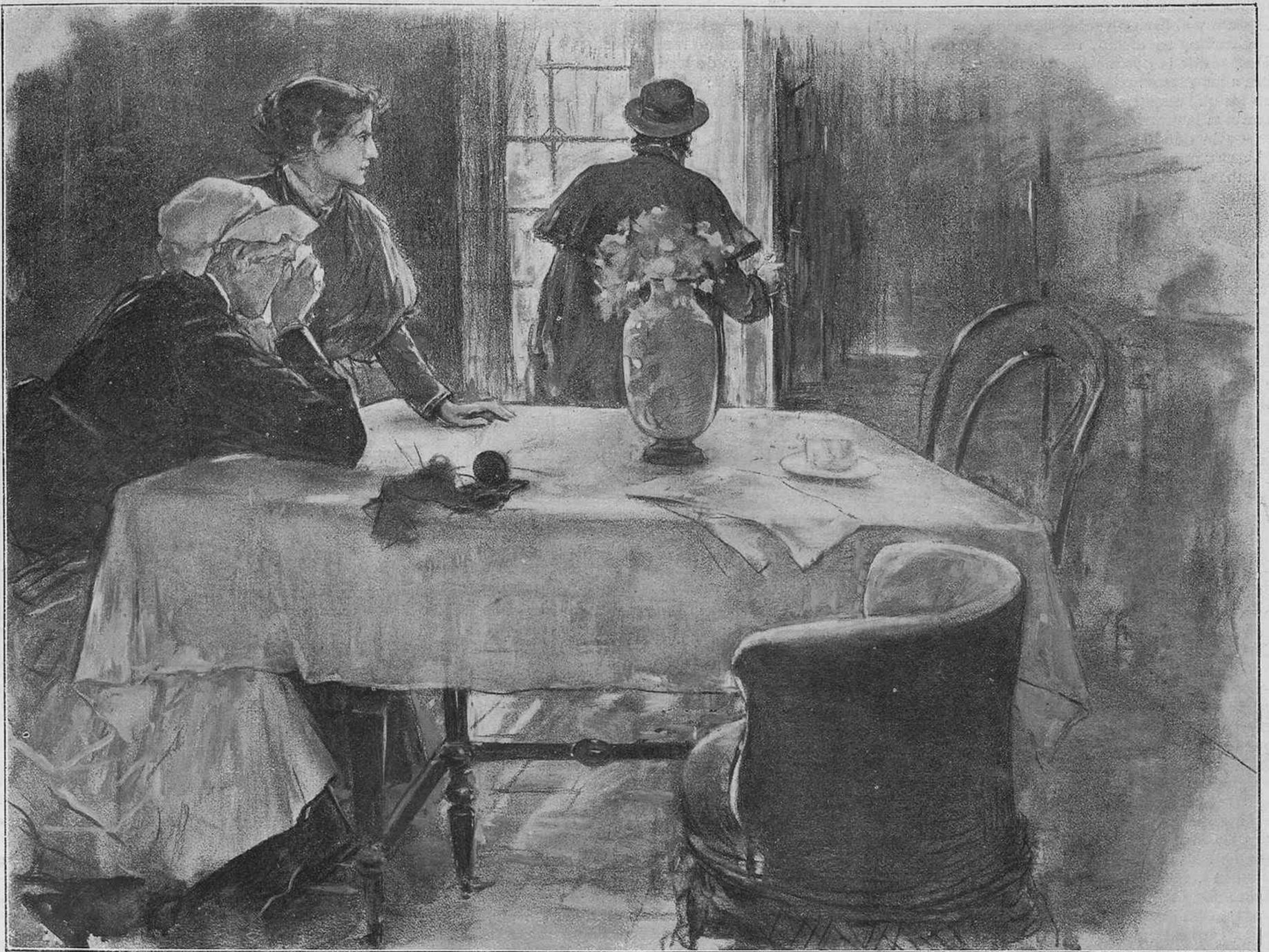
## MADRID

## JURADO DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

Ha quedado constituido el jurado de la Exposición Nacional de Bellas Artes próxima a inaugurarse en Madrid, habiendo resultado elegidos por la sección de pintura los Sres. Santa María, López Mezquita, Ramírez, Gessa, Martínez Abades, Sorolla y Benedito, y como suplentes los Sres. Muñoz Degraín, Vera, Santanach, Villegas, Pla, Menéndez Pidal, Pla y Rubio y Avilés; y por la sección de escultura, los señores Benlliure, Inurria, Blay, Marinas, Trilles, González Pola y Cubells.

## MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



Y se marchó precipitadamente. (Véase página 265.)

—El otro se quedó asombrado al reconocerle y él, mientras, añadía: «No quiero que me lleven a la ambulancia, sino a mi casa, en cuanto me haya usted hecho una primera cura, únicamente para contener la hemorragia.» Entonces el médico, como si hablase con un jefe, respondió: «Su voluntad será respetada;» y en efecto, le han metido en ese coche y él nos ha dicho que si le conducíamos hasta aquí, recibiríamos veinte francos cada uno.

—Es verdad, murmuró el herido reanimándose; dadles lo prometido.

Salieron los soldados y en el cuarto en que yacía Claudio con los labios lívidos, sólo quedaron las tres mujeres y la pequeña Rolanda que permanecía atrada en un rincón.

—No te desconsueles, mamá, decía el herido con voz débil: no tengo nada roto, y por esto he querido que me trajeran aquí porque estoy seguro de sanar pronto si hacéis exactamente lo que voy a ordenar... Allí, añadió como si hablase consigo mismo, no saben todavía..., no habrían comprendido..., no se habrían atrevido..., se habrían aprovechado de mi aniquilamiento, creyendo hacerme un bien... Aquí, en cambio, siguió diciendo en voz más alta a su madre, sé que tienes una auxiliar.

—¡Oh, sí, dispuesta a todo!, exclamó Manuela.

—Ya lo sé... Además, me he acordado de que está casi al corriente... Esa última memoria que me ayudó a copiar...

—Sí, sí, dijo Manuela. ¡Dios mío, cuán feliz soy de haber procurado comprender!. Se trataba del

modo de contener la fermentación en la curación de las heridas... Lo recuerdo...

—Sí, murmuró Claudio; todo está allí..., toda mi obra..., todo el porvenir de la cirugía...

Y con febril autoridad añadió:

—Es preciso deshacer este vendaje, lleno de gérmenes infecciosos... Y luego allí, en el armario, veis aquel bote...

—Aquí está...

—Una cucharadita de ese polvo blanco en un litro de agua... Mucho cuidado cuando lo toquéis..., lavaos bien las manos, porque es un veneno activísimo.

—¿Y no te da miedo?, preguntó ansiosa su madre.

—No, respondió Claudio con firmeza.

—No, repitió Manuela con fe absoluta... Ya sé..., ya me acuerdo..., es lo que experimentó usted con tan buenos resultados... Con esta solución hay que lavar continuamente...

—Y cada vez dejar sobre la herida una compresa empapada...

—Y así no habrá inflamación ni supuración... ¡Ah, don Claudio! Su enfermera no se apartará de su lado ni de noche ni de día.

—¿Y yo, no quieres que la ayude?

—Tú, mamá, me darás la mano para calmar la fiebre que no tardará en presentarse y me harás dormir como cuando era niño y estaba enfermo. Ya ves que también contribuirás a mi salvación.

Manuela preparó la solución, y una vez quitado el vendaje, empapó una compresa en el líquido incoloro y aplicóla a la herida, y con un raptó de fervor que

se reflejaba en sus negros ojos, en sus ojos de creyente, exclamó, dirigiéndose a la madre de Claudio:

—¡Que Dios, por mi mano, cure a su hijo de usted, como a mí me salvó por la suya!

La curación fué larga y dolorosa. El bombardeo habíase recrudecido y había sido preciso trasladar a Claudio a la cueva; en aquel lugar mal ventilado, en donde no podía encenderse fuego con que combatir los rigores del frío, amontonábanse las tres mujeres, la niña y el herido que, delirante, no conocía ya a las que le cuidaban y al que era, por lo mismo, muy difícil curar. Entonces fué Manuela, a su vez, una admirable hermana de la caridad para su salvador; insensible a la fatiga y al sueño, impasible, suavemente imperiosa, cumplía sin desfallecimiento la misión que había aceptado. Cada hora renovaba aquel vendaje que causaba grandes dolores al enfermo, el cual lanzaba gritos de sufrimiento al sentir sobre la carne ardorosa el contacto de la compresa fría. Y lo renovaba llorando, porque los quejidos de Claudio le desgarraban el corazón, pero con la voluntad inflexible hija de una fe ardiente.

—Manuela, decíale a veces la señora Lecoutellier alarmada: esto le hace demasiado daño... Quizás se equivocó... Lo que usted aplica sobre la herida es un veneno.

Pero del mismo modo que apartaba la mano del enfermo que luchaba por substraerse al sufrimiento, desviaba el brazo que la madre avanzaba para preservar a su hijo de un contacto quizás mortal.

—¡No! Tengo fe en él, en su voluntad, en su cien-

cia, en su certeza, en todo lo que la fiebre le ha arrebatado y que yo le conservo para su salvación.

Y la compresa helada se aplicaba sobre la carne para torturarla, pero para curarla también.

Dos días después cedió la fiebre y la herida no presentaba ninguno de esos estigmas repugnantes ante los cuales el cirujano de aquellos tiempos había forzosamente de resignarse y que tan a menudo ocasionaban la muerte.

—Mire usted, decía Manuela a la señora Lecoutellier con aire triunfante; la herida presenta mejor aspecto y el herido vuelve a la vida.

Claudio, en efecto, recobraba el conocimiento. Después de la postración comatosa que sucede siempre a las exasperaciones de la fiebre, abría los ojos, en los que reaparecían la inteligencia, la memoria y también la gratitud.

—¿En dónde estamos?, preguntó con asombro. ¡Ah, ya comprendo!, añadió al oír el estampido de las bombas... El bombardeo... Ha sido preciso refugiarse aquí.

—Y ahora estás mejor, díjole su madre; tu herida va bien y ya no tienes fiebre.

Y abrazando locamente a Manuela exclamó:

—A ella, sólo a ella lo debes, hijo mío. Yo tenía miedo y no habría tenido valor para seguir el tratamiento hasta el fin; a ella, en cambio, ni un momento la abandonó la confianza. Ha pagado con creces su deuda y ahora tú eres deudor suyo.

—Gracias, murmuró Claudio tendiendo la mano a Manuela. ¡Cuán dichoso soy de deberle a usted..., sí, a usted...

Y cerró los ojos para mejor saborear una alegría interior ó acaso para no dejar aparecer la llama que los iluminaba.

Desde aquel entonces la existencia en la cueva de la calle de la Torre fué casi una existencia gozosa, y sus habitantes, después de las zozobras pasadas, acabaron por encontrarse relativamente bien en aquel oscuro subterráneo, alegrado por las risas de la niña, que ya no veía llorar a su madre ni a su anciana amiga. Y hasta Rosalía lograba confeccionar unos pobres guisos que, comparables con las abominables raciones que se distribuían durante aquellos últimos días del sitio, resultaban suculentos.

De pronto cesó el bombardeo y la vieja criada salió a caza de noticias. Por las calles, varios grupos gritaban: «¡A las armas! ¡Viva la Commune!» Pero al mismo tiempo Rosalía oía decir: «Se acabó... No se puede resistir más... París capitula.» Y en efecto, al día siguiente, 28 de enero, proclamóse el armisticio y siguieron luego la capitulación, la entrada de los prusianos, la última humillación, la prueba suprema...

Hay que perdonar a las pobres mujeres que olvidan las desgracias de la patria para no pensar más que en los sufrimientos de los seres queridos que están a su lado. Para las tres reclusas de la calle de la Torre, fué aquel el primer momento de alivio, de sosiego; al fin podrían respirar el aire puro que ya no surcarían las bombas, al fin cesaría aquella horrible situación de terror, de frío, de hambre.

El doctor Lecoutellier fué transportado a su cuarto en cuya chimenea ardía un buen fuego; las tiendas se aprovisionaron rápidamente de víveres frescos, y el enfermo pudo ser cuidado debidamente.

Y en aquel barrio apartado de la agitación de los centros obreros, los dos meses del segundo sitio, de la Commune, y hasta la semana infernal si no pasaron inadvertidos, por lo menos fueron tolerables, pues ya no había bombardeo, ni se padecía hambre.

Sin embargo, los federados habían hecho una visita a la calle de la Torre cuando los alistamientos forzosos, y Rosalía, al abrirles la puerta, había tenido que sufrir un primer interrogatorio y que explicar a aquel individuo lleno de galones, que arrastraba un gran sable y a quien acompañaba un grupo de guardias nacionales, que en aquella casa no había más que tres mujeres, una niña y un herido.

—¿Un herido? ¿Cuándo lo hirieron?

—En Buzenval.

—¿Y por qué no está en una ambulancia?

—Porque en ninguna le cuidarían como aquí.

—Pues vamos a ver ese herido, que no debe de estar tan mal cuando le cuidan tan bien.

—¿Quiéren ustedes entrar en su cuarto?

—Precisamente; soy curioso y mis compañeros también lo son. ¡Y de prisa!

Aquella gente entró sin cumplidos en el pabellón y Rosalía apenas tuvo tiempo de subir precipitadamente la escalera seguida por aquellos hombres que le pisaban los talones.

—Señora, no se asuste usted... Son unos caballeros que vienen a enterarse del estado del señorito Claudio.

Y mientras la señora Lecoutellier se levantaba palideciendo añadió:

—Les he dicho que estaba en cama herido; pero han querido cerciorarse.

—¿Cerciorarse de qué?, preguntó Claudio.

—De vuestro verdadero estado, ciudadano, contestó con énfasis el jefe de la pandilla. La Commune no se deja engañar y cuando algunos desertores, para no cumplir su deber...

—Pongo en duda, caballero, dijo Claudio incorporándose penosamente, que los que invaden así un domicilio en donde sólo hay mujeres al cuidado de un herido cumplan con su deber mejor que aquel a quien habla usted en ese tono..., y sin descubrirse...

—Todo esto no me explica...

En esto uno de los hombres acercóse al jefe y le dijo en voz baja:

—Nos hemos equivocado... Es el doctor Lecoutellier.

—¿Y qué?

—Es el profesor de la Escuela de Medicina de quien tanto se habla, que se alistó como simple soldado y que estaba en Buzenval con Enrique Regnault... Todos los periódicos han hablado de esto.

Y mientras el jefe se quitaba el kepis de mala gana el federado murmuraba:

—¡Como no cojamos más desertores que éste!

—¿Y quién me prueba que no hay aquí más que el ciudadano Lecoutellier?, dijo el otro no queriendo darse por vencido.

—Pueden ustedes registrar, respondió el herido con glacial desdén. Rosalía acompaña a esos señores y ábreles todas las puertas.

—Lo que haremos es marcharnos, dijo el federado que antes hablara encogiéndose de hombros. Cuando uno se equivoca no se obstina.

—Está bien, murmuró el capitán con acento despechado. En cuanto a usted, le aconsejo que así que esté curado se presente en la oficina de reclutamiento; de lo contrario, sabrá usted lo que le cuesta. Además, se le vigilará.

Marcháronse al fin y aquella fué la única algarada que turbó la tranquilidad de los habitantes de la calle de la Torre hasta el 21 de mayo, en que comenzó la semana sangrienta. Pero no era por el lado de Passy por donde resistían los federados y desde allí sólo de lejos vieron la batalla de las calles, la feroz defensa, las represalias, feroces también, y los incendios que destruían nuestros monumentos gloriosos y los tesoros de nuestras riquezas nacionales. Y cuando el 28 de mayo sucumbieron los últimos federados, para Claudio y los suyos llegó el término definitivo de sus sufrimientos.

Con una vitalidad y una presteza admirables, París renacía de entre sus ruinas, recobrando su aspecto normal; sólo algunos edificios arruinados y ennegrecidos recordaban el mal que a su ciudad habían causado unos locos furiosos, más funestos aún que el enemigo extranjero.

Y al mismo tiempo la convalecencia de Claudio pasaba a ser una curación completa. Durante dos meses había sido cuidado como a un niño aquella madre adorada y aquella admirable hermana de la caridad a quien él veía siempre, día y noche, a su lado, discreta, atenta y tan inteligente en comprender, en adivinar el menor deseo del enfermo amado.

Y mientras su cuerpo se curaba, sentía Claudio que una gran turbación invadía su alma. Aquella mujer tan exquisitamente bella, tan llena de abnegación y de fe y cuyos ojos negros expresaban tanto interés y a veces tan visible enternecimiento, ¿no podría, algún día, ser para él algo más que una amiga?

Tres años habían transcurrido desde que el infortunio la había arrojado moribunda a aquella sala del hospital en donde él la había encontrado; tres años que habían traído consigo la calma y hasta la resignación. Una vez o dos, hacía mucho tiempo, había hablado en el comedor de aquel triste pasado; fué esto cuando Claudio, deseoso de saber, había querido consultar con un su amigo, doctor en Derecho que se hallaba en camino de ser una celebridad. Y he aquí la contestación que había tenido que transmitir a Manuela: su matrimonio, aun en el caso de reunir algún día las pruebas que ahora no podía presentar, ofrecía, desde el punto de vista de la ley francesa, si no nulidades absolutas, elementos de anulación que podría utilizar el señor de Lorgerac; únicamente la niña, en tal caso, podría beneficiarse de la buena fe de su madre y pretender, como heredera putativa, la sucesión de su abuelo. Pero en el estado actual nada autorizaba esta esperanza y Manuela no tenía derecho a llevar ni dar a la hija de Aspremont, otro nombre que el de Casteras.

Y desde que Claudio había tenido la leal franqueza de decir la verdad a la pobre Manuela, ésta había guardado pertinaz silencio sobre aquella condenación suprema, sobre aquel derrumbamiento de sus

ilusiones y había besado con más amor aún que antes a aquella niña que no ostentaría el apellido de su padre y había vuelto con más ardor al trabajo.

Así habían transcurrido meses y años. Aquella vida de intimidad, para Claudio llena de un encanto indefinible, había sido más íntima todavía y para él más atrayente; y el silencio de Manuela, la calma de su espíritu reveladora de paz en el corazón, su sonrisa de madre amante que cada vez más se convertía en sonrisa de amiga joven, confiada, alegre, le habían hecho concebir un ensueño ideal. Y este ensueño había ido tomando cuerpo, precisándose con más intensidad en la que se mezclaban el temor y la esperanza, durante aquellos dos meses de vida en común, en los que la viera a su lado día y noche, no sonriente como una amiga, sino cariñosa como una hermana, más que como una hermana quizás.

En cuanto a él, había acabado por descifrar el misterio de aquella atracción invencible; sí, la amaba silenciosamente pero con toda su alma, con toda la fuerza de su ardiente deseo. Su juventud hasta entonces olvidada, recobraba sus derechos. Jamás había tenido tiempo para pensar en lo que hace latir y extasiarse a los corazones de veinte años; siempre había estimado el placer como cosa frívola y fugaz y había pasado por entre las risas amorosas del barrio Latino como por el tumulto de una fiesta ruidosa. Y cada vez que había ofrecido su copa y sus labios a las que brindan el placer, con la espuma de aquel vino adulterado se había disipado su embriaguez. Nunca había sospechado lo que era el amor porque nunca se había acercado a él. Y ahora lo veía frente a frente, reconocía, a su vez, que es el señor del mundo y acariciaba aquel ensueño engañador que le presentaba la felicidad conseguida con aquella mujer de elevada inteligencia que sería, además, la amiga, la confidente, la buena consejera, la colaboradora, con aquella mujer a la que adoraba y que acabaría por amarle. Porque le amaría, suavemente vencida por su gran amor, por el cariño que a su «amigo Claudio» profesaba ya la pequeña, la niña que sólo se parecía a su madre y cuya paternidad aceptaría él con delicia, dándole el nombre de que carecía. Y esta prueba inmensa de amor conmoviera, convencería a la adorada madre.

Pero todo esto eran fantasías de las silenciosas noches de insomnio, durante las cuales complacía en admirar, allá en un rincón de su cuarto, el perfil delicado, exquisito, de Manuela, iluminado por la lámpara cuya pantalla le dejaba a él en la sombra. De aquellas noches durante las cuales si por casualidad hacía él el más ligero movimiento, la veía levantarse, acercarse sin ruido a su lecho e inclinarse para preguntarle con su voz melodiosa:

—¿Qué, no duerme usted don Claudio? ¿Quiere usted algo?

—No, no, murmuraba él confuso y encantado; si estaba durmiendo.

Y luego, como dominado por un remordimiento, añadía:

—¿Y usted, por qué no va a descansar? Le aseguro que estoy bien y que no necesito nada.

Pero ella, moviendo su linda cabeza y con aquella sonrisa encantadora que era para Claudio como la llave que le abriera un paraíso, le replicaba:

—Silencio, duérmase pronto.

Y él, dócilmente, cerraba sus ojos arrobados para volver a abrirlos así que Manuela, de nuevo en su puesto y reanudando su trabajo, ofreciase otra vez, sin sospecharlo, a la admiración del que seguía acariciando el delicioso ensueño.

#### XV. — UNA AVENTURA EN EL LUXEMBURGO

Pero cuando después de su curación intentó Claudio hacerse comprender, encontróse con un muro no de frialdad, sino de voluntad de no ver, de no adivinar y sobre todo de no escuchar nada. Aquella mujer que seguía siendo para él la amiga más adorable, la hermana más cariñosa y abnegada, no quería ser sino su hermana, su amiga. Y así se lo afirmaba con la inquieta expresión de sus grandes ojos en cuanto él insinuaba una palabra que pudiera ser preludio de una confesión ó de un ruego; con su prisa en cortar toda tentativa hablando de otra cosa, y si estaban solos en el comedor o en un rincón del jardinillo llamando con cualquier pretexto, plausible o torpe, a la señora Lecoutellier, o inquietándose por Rolanda que jugaba a pocos pasos de ellos y yendo a buscarla como si fuese la niña y no ella la que corriese algún peligro.

Sí, ella presentía este peligro a su alrededor y también dentro de sí misma, porque no impunemente vivía al lado de aquel hombre guapo y de figura arrogante, que a todas las superioridades de la intelligen-

cia juntaba todas las delicadezas y ternuras del corazón, y no impunemente vivía en contacto con aquel foco potente de calor y de amor.

Existe un contagio para las almas, una sugestión muda que hace que las rebeldías cedan a los deseos ardientes, y por silenciosa que fuese la adoración de Claudio, por discretas que fuesen sus palabras y sus miradas, Manuela había sentido su opresión primero, su influencia después y finalmente su hechizo. Tal vez en un principio, no comprendía la verdadera naturaleza del instinto confuso que la hacía andar más de prisa, más nerviosa, cuando por las tardes, de regreso de Neuilly se acercaba al hogar en donde iba a ver a Claudio; acaso creía de buena fe que su querida Rolanda, el ansia de estrecharla entre sus brazos, era entonces el único objetivo de los deseos de su corazón. Pero cuando penetraba en lo más hondo de su alma, ésta le decía:

—«No, Manuela, lo que te atrae, lo que enrojece tus labios, lo que da mayor brillo a tus ojos negros; no es la niña que te espera jugando en el jardincito, sino el amigo que llegará pronto, que quizás ha llegado ya; el amigo a quien te agrada mirar furtivamente cuando su ancha frente se inclina sobre el libro que estudia o sobre el papel en que escribe; el amigo que cada día te es más querido, más necesario; el amigo que no espanta tu escrúpulo ni tu inquietud porque nada te dice y nada te dirá jamás si tú no quieres; el amigo a quien, en el secreto de tu corazón puedes amar sin remordimientos, porque este amor será ignorado por todos y aun por él mismo y no es sino una fiesta íntima y casta de tu pensamiento silencioso; porque esa unión mística no será nunca más que la unión de dos almas; porque ni una palabra, ni una confesión, ni un desfallecimiento denunciarán jamás el invisible vínculo que os envuelve y os encadena; y porque tú nunca comprenderás, ni adivinarás, ni escucharás y de este modo no se romperá nunca el frágil hechizo que proporciona a tu vida el único goce al que no puede seguir un remordimiento.»

Es que Manuela seguía teniendo, como en el primer momento, conciencia de su deber: como viuda, se debía a la memoria de aquel cuyo respeto, cuyo culto, eran su salvaguardia contra la calumnia, su defensa contra el insulto de la sospecha, contra la injuria de la duda que podría rozar el pensamiento del mismo Claudio; como madre, debía a la hija que Dios le había dado para ponerla a prueba y para consolarla. Rolanda no llevaba el nombre de su padre, pero, ¿acaso no tenía el derecho de exigir que su madre no tomase otro que sería para ella un obstáculo si algún día, por los misteriosos designios de la Providencia, llegaba la hora de la justificación, de la rehabilitación, de la justicia?

Y he aquí por qué Manuela, con inconsciente crueldad hija de un cariño egoísta, no adivinó nada, ni comprendió nada, ni presintió nada. Y Claudio, con la timidez de los amantes apasionados que temen ante todo perder, por una palabra, por una imprudencia los goces falaces que ya han disfrutado, no se atrevía ya a hablar. En los días de su convalecencia, cuando estaban todavía tan cerca uno de otro, cuando se veían tan a menudo en el secreto de sus coloquios íntimos, había aguardado, por miedo de espantarla, de ofenderla. ¡Oh, si entonces no hubiese querido continuar viviendo bajo el mismo techo! ¡Si se hubiese marchado llevando consigo la ilusión que no destruían el tiempo ni los obstáculos y que se alimentaba sólo con la presencia de la amada, que hacía renacer cada día la esperanza!

Y cuando más tarde había tan tímidamente intentado una tenue alusión, ella estaba ya en guardia contra él, contra sí misma; y, siempre sonriente, siempre afectuosa como una hermana, había escapado al discreto ataque cuantas veces habíase éste iniciado. De suerte que aquella estrategia muda que tenía a la vez el encanto de una especie de coquetería y la sonrisa de una tierna amistad, duraba..., se eternizaba.

De nuevo los meses sucediendo a los meses convertíanse en años, y desde hacía mucho tiempo, todo había vuelto a la normalidad. Manuela, como antes de la guerra, pasaba el día en el pensionado de Neuilly que disfrutaba, durante la tercera república, de la misma prosperidad que en la época del segundo imperio. En el pabellón de Passy, entre la señora Lecoutellier, que cada vez más parecía una abuela, y Rosalía que gruñía sin cesar pero que era el súfrelito todo de aquel demonio de chiquilla, Rolanda iba creciendo y prometía ya llegar a ser tan hermosa como su madre. La niña era la verdadera reina de aquella casa, en la que sólo había para ella mimos y caricias; y en su corazón infantil ocupaba Claudio mayor espacio cada día, porque cada día encontraba en él mayor afecto, más cariño, sí..., más cariño sobre todo.

Claudio sentía por aquella niña, que iba para los seis años, un afecto extraño, casi apasionado; la adoraba. Y ella, ¡cómo lo sabía la muy pícaral! ¡Cómo saltaba a su encuentro por las noches, cuando él volvía a su casa, y le tendía sus bracitos gritando: «¡Es mi amigo Claudio! Él la cogía en seguida por el talle y la levantaba a la altura de su cara, cuya frente habían surcado de arrugas el trabajo y las vigiliadas, y cuyos ojos, de un color gris de acero, sonreían lo mismo que la boca algo carnosa, en donde la chiquilla estampaba grandes besos, mientras repetía:

—¡Buenas noches, Claudio! ¡Buenas noches, mi gran amigo!

Para él eran una delicia las caricias de aquella niña que cada día se asemejaba más a su madre; que tenía los ojos negros y aterciopelados de ésta y su cutis pálido un poco ambarino; que sería morena como ella, con cabellos relucientes de azules reflejos, cuya voz iba tomando las mismas ondulaciones musicales, y a quien él, el tímido sediento de amor, podía prodigar las caricias que jamás se había atrevido a balbucear a Manuela.

Era en verano y un jueves.

Los jueves eran días de asueto en el pensionado Richault-Darbón. Para Manuela significaban un día de libertad completa; para Rolanda constituían una fiesta esperada con impaciencia porque su mamá, cuando el tiempo era bueno, le hacía dar magníficos paseos, llevándola a todas partes, a las Tullerías, al Luxemburgo, a todos los sitios en donde las niñas se divierten como bienaventuradas y las mamás las contemplan jugar sentadas a la sombra de un árbol, hablando, leyendo, bordando, haciendo cualquiera de esas cosas que permiten respirar tranquilamente el aire libre.

Aquel día Manuela había anunciado a Rolanda que irían al Luxemburgo, añadiendo que se encontrarían allí con la señora Leroux.

—¿Irás con Juana?, había preguntado rebotando júbilo la niña.

—Sí, con Juana.

—¡Ah, qué contenta estoy!

La señora Leroux era una profesora del pensionado Richault-Darbón, una buena mujer que había intimado con Manuela principalmente porque tenía una niña de la misma edad que Rolanda, la antes mencionada Juana. De manera que a menudo las dos madres combinaban su paseo del jueves para la mayor alegría de sus hijas.

Y como no hay madre que no sienta orgullo por ese pequeño ser que le proporciona todas las dichas y a veces también todas las penas, Manuela había añadido:

—Lo cual quiere decir que hoy te pondremos bonita.

—¿Con mi vestido nuevo?

—Y con tu lindo sombrero.

—¡Ah, qué feliz soy!

La vistieron con aquel traje nuevo de linón rosa, con un ancho cinturón de lazo que ceñía una faldita corta, como entonces usaban las niñas; le pusieron un gran sombrero de peja de arroz, con adornos de color de rosa y por debajo del cual flotaban libremente los largos cabellos negros que formaban en torno de aquella carita pálida y ambarina una obscura y deliciosa aureola; y completaron su atavío con unos calcetines negros bordados que, llegándole sólo hasta la pantorrilla, dejaban al desnudo sus piernecitas delgadas, pero delicadas y rectas, sobre las cuales caían los volantes de los pantalones.

Cuando estuvo vestida, fué a que la admirasen.

—Mire qué bonita estoy, señora Lecoutellier.

La buena señora dejó sobre la calceta los anteojos que, desde hacía algún tiempo, se veía obligada a usar, y lanzando un grito de admiración, el que Rolanda buscaba, exclamó:

—¡Estás soberbia! ¿Y dónde vas tan elegante?

—Al Luxemburgo, a jugar con Juana. Venga usted también.

—No, vida mía, tengo otras cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Ir al otro extremo de París; ni sé a qué hora volveré.

—Entonces, otro día será.

—Sí, otro día... Y ahora dame un beso y no olvides que el ser buena, es lo que más embellece a las niñas.

No pensaba quizás así Rolanda, pero de todos modos besó a la anciana efusivamente. Después fué en demanda de otra admiración, la de Rosalía. Ésta, que se hallaba fregando en la cocina, exclamó al verla:

—Pero niña, ¿vas a ver al presidente de la República?

—Voy al Luxemburgo

—¡Bonito estará tu vestido esta noche!

—¡Qué me importa! Ya me lo lavarás.

—¡Ah tunantuela! Listo ha de ser quien te coja.

Y encantada del modo de replicar de aquella chiquilla, Rosalía había acabado diciendo como siempre:

—¿Y qué, no se me da un beso cuando se va tan elegante?

—¡Oh, sí! Porque ya sabes que te quiero.

—¡Pues y yo!, replicó la criada, con los ojos humedecidos mientras acercaba a su cara hombruna aquel hociquito de ámbar.

Y partió en compañía de su mamá, que iba vestida con elegancia pero con mucha sencillez, como toda madre amante que cifra todo su lujo, toda su coquetería en el atavío de su hija. Pero cuando llegaron al Luxemburgo, al sitio donde solían encontrarse con la amiga de Manuela, Rolanda tuvo una gran decepción, pues no estaban allí ni la señora Leroux ni Juana.

—Ya vendrán pronto, dijo Manuela; juega tú mientras tanto.

—¿Sola? Es muy poco divertido.

—¡Y qué vamos a hacerle! Lo siento por ti, pero hay que conformarse como yo.

—¿Y tú qué harás? Te aburrirás.

—Yo no me aburro nunca.

—Sí, lo sé, porque trabajas; Claudio me lo dice; pero hoy, por ser jueves, no se trabaja.

—Por esto voy a leer.

—¿Has traído un libro, a pesar de ser jueves?

—Es un libro entretenido.

—¡Un libro entretenido! Todos me decís lo mismo y sin embargo yo no he visto ninguno.

Manuela, que a prevención se había llevado efectivamente un libro, abrió su saquito de mano.

—Toma, aquí tienes la cuerda.

—¡Ah, esto sí que me divierte!

Y se fué saltando mientras su madre se instalaba en una silla y, casi tan satisfecha de aquel momento de calma como de la compañía de la señora Leroux, abría un libro, una novela inglesa que le gustaba mucho, y se abismaba en su lectura sin dejar de vigilar de soslayo a Rolanda. Ésta corría de un lado a otro, sin alejarse demasiado, pero al cabo de un rato de aquel ejercicio se detuvo algo fatigada y de pie, con la cuerda en la mano, se puso a mirar a los paseantes, y en especial a los niños. Precisamente por la alameda en donde ella estaba avanzaba un muchacho de gentil figura, aunque mucho mayor que ella, vestido ya como un hombrecito y que caminaba graciosa y reposadamente al lado de un anciano. También éste tenía buena figura: alto, casi tanto como Claudio, pero delgado, un poco encorvado, vestía una larga levita negra parecida a las que Rolanda había visto en la Escuela de Medicina las dos a tres veces que la habían llevado allí para saludar a su amigo, en aquella sala llena de hornillos, y de grandes botellas de cuellos largos y de tan extravagantes formas. Aquel caballero debía de ser viejo, muy viejo, puesto que sus cabellos eran blancos, y tenía unos ojos azules muy movidos que desde el primer momento se fijaron en ella con una expresión bondadosa especial. La niña, al observar esto, sonrió al anciano el cual, al llegar junto a ella también se sonrió y le dijo, deteniéndose:

—Es usted muy linda, señorita. ¿Quiere decirme cómo se llama?

—Rolanda, para servir a usted.

El viejo continuó sonriéndose, pero su sonrisa tenía ahora cierta tristeza.

—¡Rolanda!, exclamó dando un gran suspiro. Bonito nombre y qué te sienta a maravilla. Me gusta oírlo porque me recuerda el de mi hijo.

—¿Ése?, preguntó la niña señalando al jovencito que acompañaba al anciano.

—No, yo me llamo Enrique, rectificó el muchacho sonriéndose a su vez.

Y aquella sonrisa iluminó de pronto su rostro de niño rubio, de un rubio algo ardiente, en el que Rolanda vio reproducidos los ojos azules del caballero que con él iba.

—Mi tío, añadió, se refiere a un hijo suyo que era oficial y murió en la guerra.

—¡Ah! ¿Murió?, dijo Rolanda entristecida. ¡Pobre señor!

—¡Sí, hija mía!, pobre de mí, respondió melancólicamente. Es la mayor desgracia para los padres ver partir antes que ellos a los que debieron sobrevivirles. ¡Cuánto envidio a su mamá que es feliz, muy feliz, de verla crecer a usted tan linda y tan gentil!

—¿Cómo debe quererla a usted su mamá!

—También yo la quiero mucho.

—Pues dígame usted que un señor anciano que la ha visto a usted y que la ha besado..., ¿me permite usted que la bese, hija mía?

(Se continuará.)

## BARCELONA.—FIESTAS JAIMISTAS. (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti)

El domingo 14 de los corrientes celebráronse en esta ciudad varias fiestas tradicionalistas organizadas por el diario jaimista *El Correo Catalán*, con 1.500 cubiertos en uno de los tinglados del Muelle de la Paz. Ocupó la presidencia el duque de Solferino, quien tenía a sus lados al jefe de los jaimistas barceloneses a los numerosos representantes del partido venidos de fuera; el Sr. Condominas, brindando por los forasteros y por la causa jaimista; el



El público delante del Hotel de Inglaterra aclamando al Sr. D. Esteban Bilbao, presidente de la Juventud Tradicionalista Bilbaína, recién llegado a Barcelona para asistir a las fiestas

motivo de haber inaugurado este periódico una máquina rotativa para la impresión del mismo.

Para asistir a estas fiestas vino expresamente don Esteban Bilbao, presidente de la Juventud Tradicionalista Bilbaína, que fué recibido a su llegada al Apeadero por los Sres. duque de Solferino, Junyent, Iglesias, Fortuny, Trías, Roma, Pericas, Condominas y otras personalidades de la plana mayor del partido jaimista barcelonés y por un numeroso público que se hallaba diseminado en grupos por el Paseo de Gracia, con objeto de no contravenir las órdenes de la autoridad, que había prohibido toda manifestación.

El Sr. Bilbao, cuya presencia fué saludada con grandes aplausos, subió a un landó con el duque de Solferino, dirigiéndose al Hotel de Inglaterra, desde uno de cuyos balcones hubo de saludar a la multitud, que no cesaba de aplaudirle y vitorearle.

Poco después, celebróse una solemne función religiosa en la iglesia de Nuestra Señora del Pino, que estaba completamente llena.

A las dos de la tarde, efectuóse un banquete de

de Mallorca Sr. Zaforteza, a los diputados a Cortes Sres. Llosas e Iglesias (D. Dalmacio), a los diputados provinciales Sres. Argemí y Pericas, al concejal Sr. Condominas, a los gerentes de *El Correo Catalán* y de *El Correo Español* de Madrid y otras distinguidas personalidades del partido jaimista.

Sr. Argemí, animando a los cultivadores de la tradición y dirigiendo un expresivo saludo especial al representante de la noble raza vasco-navarra; el Padre Lisbona, redactor jefe de *El Correo Catalán*, fustigando a los seudo defensores de la libertad y agradeciendo el apoyo entusiasta de sus correligionarios al citado periódico; el Sr. Llosas, combatiendo a cierta prensa y brindando por la prensa sana; el Sr. Iglesias, dedicando un recuerdo a los héroes de la causa, enalteciendo la labor de *El Correo Catalán* y dirigiendo elogios a la prensa católica, al clero barcelonés y a D. Jaime; el señor Bilbao, que en términos elocuentísimos dedicó un recuerdo al joven jaimista recientemente asesinado en Eibar y brindó por Su Santidad Pío X, por las verdaderas libertades y por lo que hoy se llama reacción; y el duque de Solferino, agradeciendo la asistencia de los comensales al banquete.

Por la noche celebróse en el «Palau de la Música Catalana» una velada en la que pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Llosas, Iglesias, Condominas, Bilbao y otros oradores.

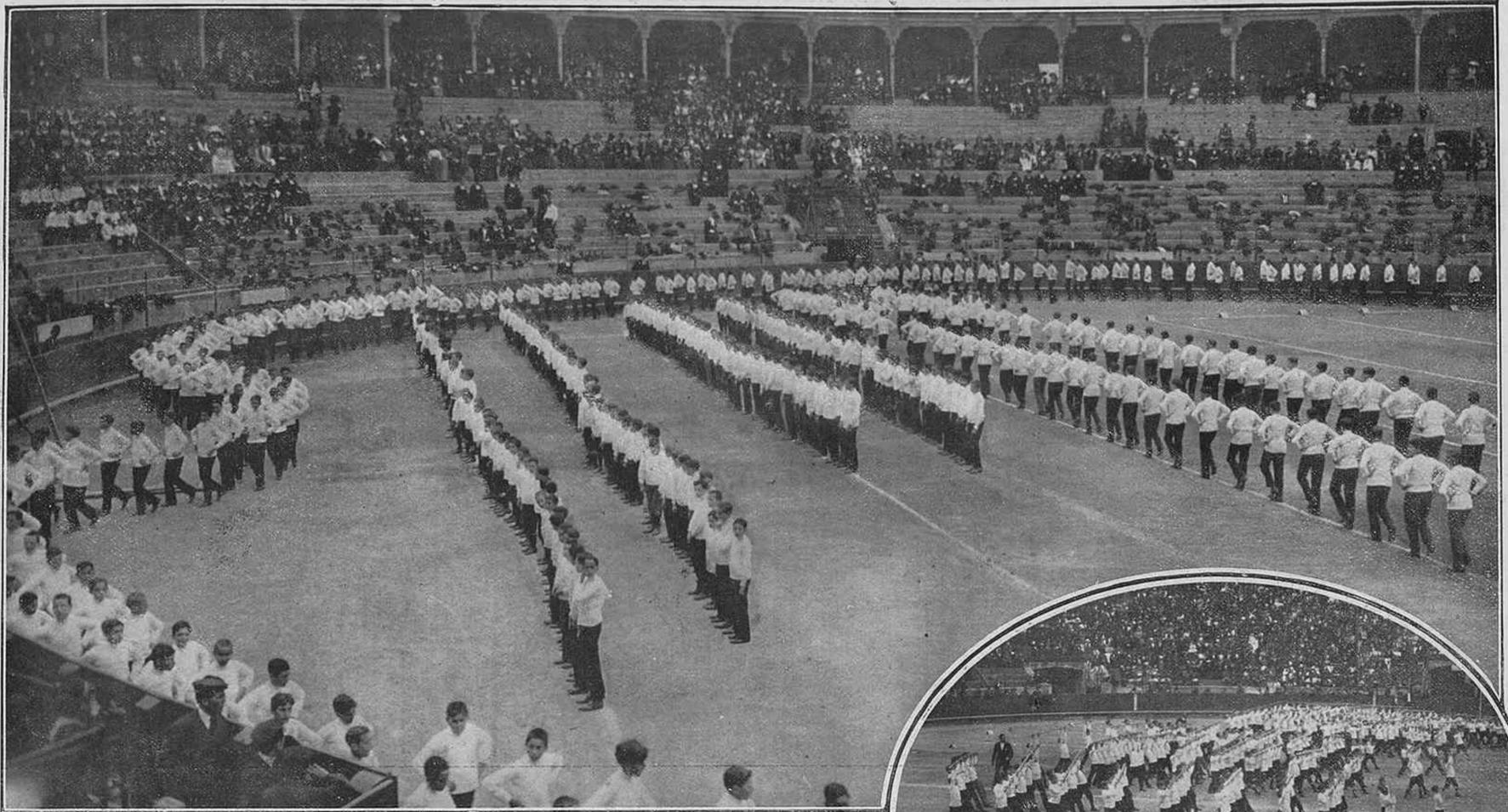


Banquete de 1.400 cubiertos celebrado en el tinglado n.º 1 del Muelle de la Paz

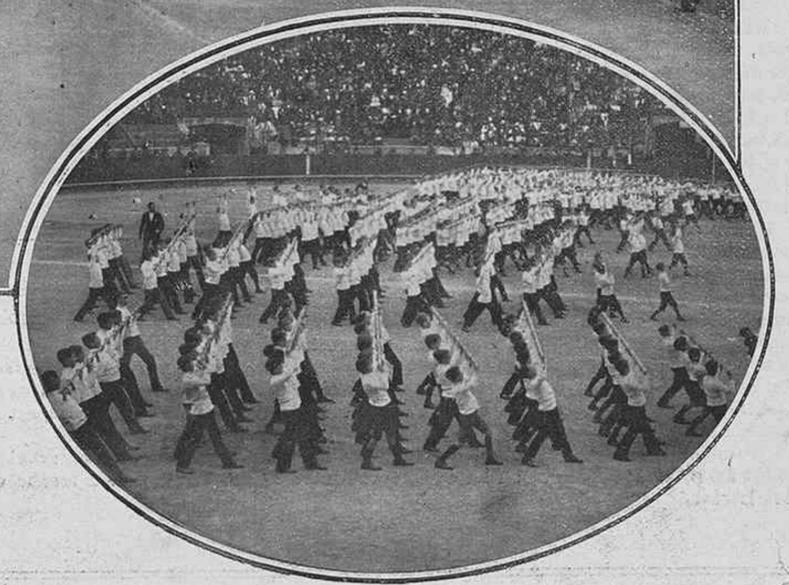
A la hora de los brindis, pronunciaron elocuentes discursos el Sr. Bordas, de la Junta del Círculo Tradicionalista, saludando en nombre de los jaimistas

la Música Catalana» una velada en la que pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Llosas, Iglesias, Condominas, Bilbao y otros oradores.

BARCELONA — FESTIVAL DE EDUCACIÓN FÍSICA. — INAUGURACIÓN DEL RESTAURÁN ESCOLAR DE HOSTAFRANCHS



Festival de educación física. — Ejercicios belgas de conjunto



Ejercicios suecos de conjunto

En honor de los congresistas del primer Congreso de Higiene Escolar Español celebróse el día 12 de este mes en las Arenas un gran festival de educación física organizado por el profesor Sr. García Alsina y en el que tomaron parte los alumnos de los colegios de San Ignacio de los PP. Jesuítas, de Nuestra Señora de la Bonanova y Condal de los hermanos de las Escuelas Cristianas y de otros varios, formando un total de 1.500 ejecutantes.

La fiesta, que fué presenciada por un público numerosísimo y amenizada por la banda del batallón de cazadores de Alba de Tormes, comenzó con un desfile general de los alumnos, quienes vestían pantalón negro y jersey blanco.

Después de una interesante demostración de un partido de football en zancos por los alumnos del Colegio de la Bonanova, siguieron el conjunto rítmico, cuadro de gran efecto ejecutado por alumnos del Colegio Condal; el ejercicio y pirámides, por los del Colegio García; la batalla con escudos, por los del Colegio de la Bonanova; el campeonato de estribos, por los del Colegio Condal; los ejercicios suecos de conjunto a cuatro caras, por todos los alumnos; el campeonato de saltos con trampolín y los ejercicios suecos en barras móviles, por los del Colegio Condal; el conjunto de esgrima a cuatro caras, por los del Colegio Condal; los ejercicios de conjunto de masas, por 400 alumnos de los colegios Condal y de la Bonanova; y el campeonato de carreras con obstáculos, por los del Colegio Condal. A continuación efectuáronse los ejercicios y danzas rítmicos y se cantaron varias canciones populares catalanas, y como número final ejecutóse el gran conjunto de cuatro caras de ejercicios belgas, en el que tomaron parte 565 alumnos.

Todos los números del programa fueron aplaudidos con entusiasmo y valieron calurosas felicitaciones no sólo a los alumnos, sino también a sus pro-

fesores y muy en particular al señor García Alsina, organizador y director de aquella fiesta, que resultó tan brillante como simpática y que fué presenciada desde el palco presidencial por el delegado regio en el Congreso de Higiene Escolar Español Dr. Tolosa Latour, por la Sra. Casajemas de Llopis y por otras distinguidas personas.

La Junta Provincial de Protección a la Infancia no cesa en la realización de la noble tarea que le está encomendada, mejor diríamos que ella misma se ha impuesto; porque esta entidad, honra de Barcelona, al revés de tantas otras oficiales, no es una

igual solicitud a las necesidades así del cuerpo como del alma.

Hace apenas tres meses, tuvimos ocasión de alabar a la Junta con motivo de la inauguración del Restaurán de Maternidad, en la que nos ocupamos en el número 1.570 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA;

hoy debemos reiterarle nuestras alabanzas a propósito de la reciente inauguración del Restaurán Escolar establecido en la populosa barriada obrera de Hostafranchs y cuyo objeto es proporcionar alimentación abundante y sana a los niños de familias pobres.

Al acto inaugural asistieron el Dr. Tolosa Latour, secretario del Consejo superior de Protección a la Infancia; el teniente de alcalde de Hostafranchs Sr. Vallés y Pujals; los concejales señores Serra y Condominas; el cura párroco de Hostafranchs Dr. Reig; los señores Albó, Puig y Alfonso, Folch y Rdo. doctor García, por la Junta de caballeros; las señoras de Vilá, viuda de Jordana, y Casajemas, viuda de Llopis, por la Junta de señoras, y los doctores Anguera, Verdereau y Mer y Güell.



Inauguración del Restaurán Escolar de Hostafranchs, efectuada el día 13 del actual, con asistencia del Dr. Tolosa Latour (x), secretario del Comité de Protección a la Infancia

rueda más en el mecanismo burocrático, sino un organismo con iniciativas propias y con alientos para llevarlas a la práctica, una entidad cuyos individuos trabajan sin descanso y con un entusiasmo y una abnegación imponderables para socorrer y regenerar a la infancia desvalida, atendiendo con sin-

Sirvióse una substanciosa comida primeramente a 89 mujeres, pues en el mismo local está instalado un Restaurán de Maternidad, y luego a dos turnos de 100 niños cada uno.

(Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

## BOLONIA.—FALLECIMIENTO DEL GRAN POETA JUAN PASCOLI

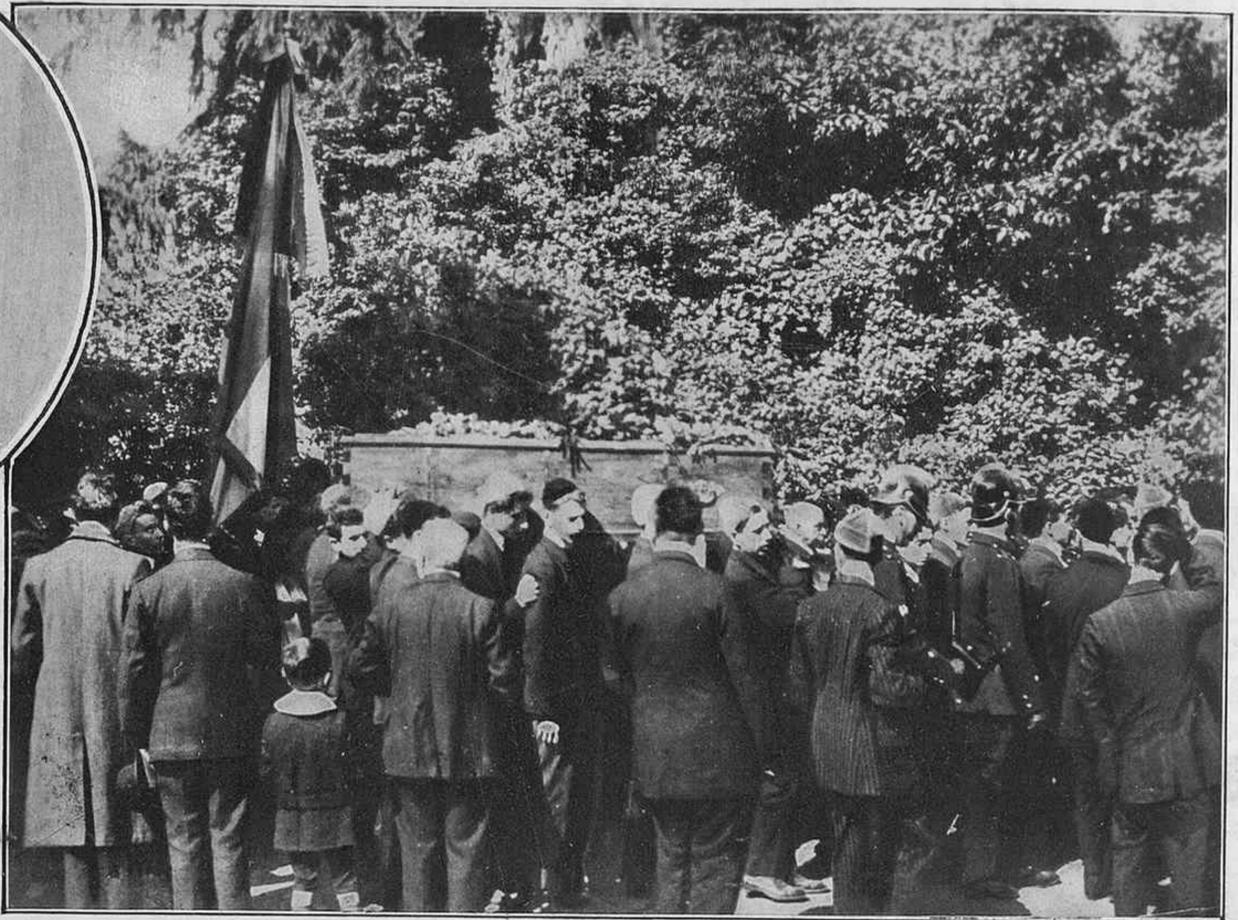


El eminente poeta italiano Juan Pascoli, fallecido en Bolonia en 6 de los corrientes

El día 6 de este mes falleció en Bolonia Juan Pascoli, uno de los poetas más grandes y al mismo tiempo más populares de la Italia contemporánea. Nacido en San Mauro, pequeño lugar de la Romagna, estudió Filología clásica, fué profesor de griego y de latín en varios institutos y catedrático de Gramática latina y griega en la Universidad de Bolonia. Al morir Carducci en 1907, sucedióle en la cátedra de Literatura italiana de la propia universidad.

Pascoli, que con d'Annunzio era indudablemente el poeta más leído en Italia, debió principalmente su fama a sus poesías líricas, en las cuales siguió siempre las tendencias clásicas. En 1892 publicó sus primeras composiciones con el título de *Myricae*, que por su elevación, por su sentimiento y por su forma perfecta le conquistaron en seguida gran celebridad y le colocaron en primera fila entre los líricos italianos. A ellas siguieron en 1897 los *Poemetti* y sucesivamente obras de más empuje como *Canti di Castelvecchio*, *Odi e inni*, *Poemi conviviali* y *Canzoni di Re Enzo*, esta última publicada en 1908.

También se distinguió notablemente Pascoli como poeta latino, habiendo alcanzado casi todos los primeros premios en los certámenes internacionales de poesía escrita en la lengua del Lacio.



El entierro de Pascoli. Los estudiantes de la Universidad de Bolonia conduciendo el féretro que contiene los restos mortales del gran poeta. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

Además de poeta era sabio erudito y como tal dedicóse especialmente al estudio del Dante, de cuya *Divina Comedia* publicó en 1898 un comentario con el título de *Minerva oscura*. Publicó asimismo algunas obras científicas, entre ellas *Sotto il reclame* y *Pensieri e discorsi*, y de enseñanza, como *Lyra Romana*, *Epos* y *Sul limitare*. En sus mocedades, profesó Pascoli ideas revolucionarias y militó en la Internacional. Su entierro fué una grandiosa manifestación de duelo ala que se asoció todo el pueblo de Bolonia y en la que tomaron parte principalísima los estudiantes de aquella universidad.

## LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LA PERFECTA CASADA, por *Fray Luis de León*. — La Biblioteca Diamante, que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Antonio López, ha publicado esta obra cuyo elogio no hemos de hacer, por tratarse de un monumento literario consagrado por la fama. Un tomo de 186 páginas; precio, 50 céntimos.

EL DESTINO, por *Miss de la Ramee (Ouida)*. Traducción del inglés y prólogo de *Angel Guerra*. — Es una novela corta original de la eminente escritora norteamericana cuya semblanza publicamos en el número 1.541 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; una novela verdaderamente «novelosa», emocionante, cuyo asunto ofrece gran interés y que ha sido per-

fectamente traducida al castellano por nuestro distinguido colaborador Angel Guerra. Un tomo de 138 páginas que forma parte de la acreditada Biblioteca «Patria» que se publica en Madrid. Precio, una peseta.

HISTORIA DE UN ENJAMBRE, por *José Vercaoni*. — A pesar de tratarse de la historia de un enjambre, este libro se lee con tanto interés y agrado como si fuese una novela; es un trabajo de apicultor perfectamente enterado de los últimos adelantos de la apicultura, pero el autor ha sabido darle una amenidad encantadora, haciendo a la vez gala de sus conocimientos de los clásicos latinos, de los que cita curiosos textos referentes a las abejas. Un tomo de 240 páginas editado en Barcelona por Gustavo Gili. Precio, dos pesetas.

PANIS ANGELORUM. TESORO DE DOCUMENTOS Y PRÁCTICAS PARA LOS DEVOTOS DE LA SAGRADA EUCHARISTÍA,

por un *Padre de la Compañía de Jesús*. — Este libro, precioso ramillete compuesto con las mejores flores eucarísticas de nuestra literatura así clásica como contemporánea, comprende todas las prácticas de piedad idealizándolas mediante la suave convergencia de todas las devociones hacia el sacramento de la Eucaristía. Es una obra de grandísima utilidad para conventos, colegios y en general para cuantas personas deseen iniciarse en el trato íntimo y afectuoso con Jesús Sacramentado. Un tomo de 512 páginas, encuadernado en tela inglesa, editado en Barcelona por Gustavo Gili. Precio, 2'50 pesetas.

SÁNDALO, por *Angel Salgado*. — Colección de artículos sobre variados asuntos que se leen con gusto así por las materias que en ellos se tratan como por el estilo elegante en que están escritos. Un folleto de 66 páginas impreso en la tipografía Patria, de León (Nicaragua).

## HISTORIA GENERAL de FRANCIA

ESCRITA PARCIALMENTE  
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsímiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Reino de Sajonia.  
**Technikum Mittweida.**  
Director: Profesor A. Holzt.  
Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas.  
Secciones espec. p. ingenieros y técnicos.  
Laboratorios electrotécnicos y mecánicos.  
Talleres para la instrucción práctica.  
Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes.  
Programa etc. gratis de la secretaria.

## DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle*, *Litttré*, *Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.  
Montaner y Simón, editores. — Aragón, 255, BARCELONA

PÍDASE

PROSPECTO J. A.

**ZEITZ**

GEMELOS PRISMÁTICOS  
PARA  
EJÉRCITO Y MARINA,  
VIAJE Y SPORT,  
TEATRO Y CAZA.

SE VENDEN DIRECTAMENTE POR  
**E. Leitz TALLERES DE ÓPTICA**  
Wetzlar (Alemania)

## PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN